

Luciana López Lacunza



Tardes de **OLVIDO**

Nova Casa Editorial



AGRADECIMIENTOS

Cuando *Tardes de olvido* apareció en mi mente hace mucho tiempo, tenía 16 años, era una adolescente con muchos sueños. Fue el título y su argumento quienes se convirtieron en una promesa. Y ello se debe a la constancia y el trabajo que ha llevado todo este tiempo. Esta novela ha sido el motor para contar una historia entre millones de otras posibles, con palabras elegidas con amor de una lengua originaria y situaciones ficticias; es, ante todo, una historia de amistad y superación.

Quiero expresar mi gratitud a quienes acompañaron este hermoso proceso de búsqueda. En primer lugar, a quien le dio la oportunidad a *TdO* de salir a la luz de forma física, gracias a la Editorial Nova, sin ellos hubiera sido imposible concretar mi sueño.

En segundo lugar, Ana Coello, que merece mi profunda gratitud y admiración por animarme a enviar el manuscrito; ella misma es un hermoso ejemplo de constancia y con la que he compartido momentos y caminos de búsqueda y aliento. Me animó a no rendirme.

En el mismo lugar, a mis amistades de Internet que coseché estos últimos años, a Carla Sampietro, tan incentivadora y creativa, y a quien deseo que se le cumplan sus metas; a Silvana Berbel, que cumplió su sueño antes y también alentó a no rendirme; a Loe K. López, con quien nos desvelamos hablando de literatura y me enseñó algunos trucos para escribir; a Max Bravo, que es un creador de mundos; a Steffy Pereyra, quien fue de las primeras lectoras de Blogger, que amó los personajes y sus historias y que le tenía fe a este proyecto; a Paola B., una de las primeras enamoradas de Ariel y Julieta y una fiel lectora. A Reyna y a Adriana Coronado, excelentes escritoras, con quienes compartimos el sentimiento por las letras en el web Potterfics. Sin ellos, la verdad, nunca habría llegado a ninguna parte.

A los lectores que sumé desde que comencé a compartir esta novela en la red, son todos y cada uno de ellos igual de importantes, siempre voy a estar en deuda. Con ellos se reavivó mi esperanza de que esta historia necesitaba un futuro concreto, había personas en distintas partes del mundo que podrían amarla, palparla y oler sus páginas tanto como yo lo deseaba.

Gracias a mis profesores de Lengua y Literatura que tuve en el colegio, siempre apoyándome con la escritura, la materia en la que mejor calificación tenía y en la que ellos ponían sus fichas para que me dedicara a esto. A Amelia y Jorge quienes ocupan mis recuerdos del secundario.

Gracias a Carlos, mi maestro de piano. Toda la magia musical revive cuando rememoro los años de la adolescencia, entre partituras e instrumentos, entre coros y percusiones. Siempre va estar en mi corazón alimentando sueños con recuerdos y anécdotas de aquellos años en los que esta novela hizo su primer recorrido inspirada, en parte, en la Escuela de Artes.

Gracias a mis amigos de aquí: Jesica, Mauro, Jose, Pablo, y Viki M; de allá: Cristian C, Denise Ch, Gabi S, Mariana G, Silvana O, Lorena P, Luciana Ch; de todas partes donde me llevó la vida: Brenda D, Floreana S, Silvana C, Sabina F, Florencia P, Feli G, Virginia, y quienes vivieron conmigo tantos años en el Cema. Amigas que la vida me puso en el camino en medio de penas y alegrías: Florcis, Carito, Juliana, Romina y Verónica, quienes me conocieron soñando, escuchando mis locuras y apoyan mis logros aunque sean pequeñitos.

Gracias a esos compañeros de la universidad que aparecieron y se quedaron, que confiaban en mí, Andrés, Martín y Valeria. También compañeros apasionados de las letras y la literatura.

Gracias a Mara y Manu, que sabían que yo podía cuando volaba narrando mis peripecias en el mundo literario.

Gracias a las personas que molesté en este proceso, preguntando sobre Derecho, pidiendo material de investigación, e, incluso, sobre la flora y el clima de lugares en los que nunca estuve. Carillanca necesitaba vivirse como si en realidad existiera, tener su propia historia, y construirse con un pasado y un presente.

Sé que hay muchas más personas a las que me gustaría mencionar, pero aunque no aparezcan sus nombres y apellidos, están acá, nombradas con el corazón, son importantes y contribuyeron en algo a mis ideas y mi formación.

Y, sobre todo, gracias a mi familia, que ahí están siempre, que algunos leyeron esta novela antes y primero, otros esperan hacerlo. Es el lugar al que siempre regreso, el hogar y el cofre donde se atesoran los sueños guardados dentro de una vieja valija de cuero.



ÍNDICE

Prefacio	11		
Capítulo 1	13	Capítulo 20	125
Capítulo 2	19	Capítulo 21	137
Capítulo 3	23	Capítulo 22	143
Capítulo 4	31	Capítulo 23	153
Capítulo 5	37	Capítulo 24	159
Capítulo 6	45	Capítulo 25	163
Capítulo 7	47	Capítulo 26	169
Capítulo 8	53	Capítulo 27	173
Capítulo 9	59	Capítulo 28	181
Capítulo 10	65	Capítulo 29	187
Capítulo 11	71	Capítulo 30	195
Capítulo 12	77	Capítulo 31	205
Capítulo 13	83	Capítulo 32	211
Capítulo 14	87	Capítulo 33	221
Capítulo 15	93	Capítulo 34	231
Capítulo 16	99	Capítulo 35	247
Capítulo 17	105	Capítulo 36	257
Capítulo 18	111	Capítulo 37	267
Capítulo 19	119	Capítulo 38	273

Capítulo 39	285	Capítulo 55	471
Capítulo 40	297	Capítulo 56	483
Capítulo 41	311	Capítulo 57	505
Capítulo 42	323	Capítulo 58	523
Capítulo 43	343	Capítulo 59	533
Capítulo 44	361	Capítulo 60	541
Capítulo 45	377	Capítulo 61	565
Capítulo 46	385	Capítulo 62	593
Capítulo 47	393	<i>Pájaro de colores</i>	
Capítulo 48	401	Capítulo 63	623
Capítulo 49	409	<i>Nieve de verano</i>	
Capítulo 50	419	Epílogo 1	657
Capítulo 51	431	Epílogo 2	661
Capítulo 52	437	<i>Algún tiempo después...</i>	663
Capítulo 53	443		
Capítulo 54	461		

PREFACIO

Carillanca en lengua originaria quiere decir «joya gris». Es un pueblito pequeño, afable, y su paisaje se asemeja al de los cuentos de hadas, perdido entre el bosque y abrazado por la cadena montañosa de los Andes, en la Patagonia argentina.

Sus callecitas están empedradas con adoquines, y suben y bajan como cuestas y colinas, por donde se alzan casitas de estilo de montaña.

Fue fundado en el año 1920, cuando el ferrocarril estiró sus tentáculos de hierro y durmientes hacia toda la Argentina, buscando el progreso y la modernidad, esperando que el hombre blanco se asiente sobre los nuevos territorios fundados por la nación, para darle legitimidad a la tierra, puesto que algunos años antes, habían exterminado a los últimos clanes indígenas, los pobladores originarios, despojándolos de sus verdaderos territorios y desplazando a los que sobrevivieron hacia las fronteras del país.

Colonias de extranjeros inmigrantes en busca de mejores alternativas de vida fueron a parar a distintos puntos del actual territorio argentino. Carillanca era un paraje, con apenas un par de casuchas de ladrillos de barro y paja para los puesteros y con una pulpería para el abastecimiento y la continuidad de los viajes a ciudades un poco más importantes, y ubicadas más hacia el norte. Después fue creciendo, de a poco, y se fue poblando de personas de diferentes nacionalidades. Hasta esas tierras llegaron italianos, galeses, ingleses, franceses, españoles y mestizos, los que viven hoy allí son sus descendientes.

Como todo pueblo de pocos habitantes, apenas ocurren grandes sucesos que puedan alterar la vida de la gente. En él prevalecen las leyendas aborígenes y los relatos ancestrales que trajeron los abuelos europeos.

Toda clase de criaturas mágicas viven escondidas entre los árboles, en el viento, en las hojas secas. Algunos carillanqueños aseguran haberlas visto. Es tierra también de espíritus. Tierra de campos y tierra de bovinos. Tierra de bellos paisajes. Tierra paradisíaca donde lo macabro y siniestro que ocurre a diario en las noticias nunca pasó. Hasta que ocurrió, y cambió para siempre la ordinaria vida de Julieta Fellon.



CAPÍTULO 1

Aunque aún respiraba, el corazón de Julieta había dejado de latir desde hacía un par de horas. Después de eso, trataba de encontrar en el guardarropa la única falda negra que tenía. La dejó sobre la cama, con languidez, junto a una camisa del mismo tono que no había usado nunca, ya que detestaba el negro, y más en esa ocasión tan especial.

Iba a asistir a su primer velorio.

Sus manos temblaban frenéticamente a medida que iba cambiándose las prendas. Todo había sido tan rápido, que aún no comprendía bien qué era lo que estaba sucediendo. No pudo evitar que su corazón diese un vuelco al recordar las horas de ese día, tan normales y cotidianas, y que ahora parecían surreales. Se limpió las lágrimas, pero no pararon de salir. Estaba descompuesta. No quería ir, no quería verlo. No soportó la idea de decirle adiós a alguien que, pocas horas antes, se había despedido de ella hasta el día siguiente, y sollozó hasta que su garganta se lastimó por el esfuerzo.

Al cabo de un rato, su padre la ayudó a bajar la escalera de su habitación, a pesar de tener 16 años, no tenía fuerzas y estaba ausente.

Encapsulada en su mundo interior, Julieta Fellon se dejó llevar por sus papás en el auto hasta el lugar donde se reunió casi toda la gente de su pueblo. En Carillanca nunca pasaba nada.

Y ese día había sido completamente corriente hasta que sucedió aquello.



Horas antes...

Esa tarde soleada y tranquila de otoño, las sirenas irrumpieron en el aire, creciendo al punto de saturar los demás sonidos de la naturaleza, e hicieron que los vecinos del pequeño pueblo levantaran la vista al cielo, y buscaran en la tierra, los árboles y las montañas el indicio de aquello. Las sirenas nunca auguraban nada bueno.

Julieta estaba estudiando en su casa después de haber estado en la Plazoleta de Los Ángeles, besándose con su novio, hasta que tuvo que marcharse para que no la retaran.

Apenas escuchó las sirenas, se asomó por la ventana de su cuarto, haciendo a un lado las cortinas blancas y pesadas.

«Otra vez un incendio forestal», pensó mientras contemplaba el imponente paisaje de los Andes y la verdosa vegetación del bosque a través de las ramas casi peladas del árbol que se alzaba desde la vereda. Ese era uno de los hechos más comunes en la zona, y por la que los bomberos y guardaparques se desvivían, alertando tanto a turistas como lugareños despistados. Extrañamente, no se veía ninguna nube de humo en los alrededores.

Indignada, Julieta volvió a tomar asiento con un suspiro aletargado. Reacomodó sus hojas de carpeta y continuó haciendo sus deberes para el día siguiente. Tenía que buscar leyendas locales, justificar por qué se las consideraba como tales y además sostener una hipótesis sólida, afianzada en la realidad. Era algo complicado.

Con Sergio, su novio, habían estado discutiendo entre beso y beso acerca del tema. Le había contado algunas historias que mezclaban las creencias de los pueblos originarios que habitaban en los alrededores y otras que eran de tradición europea. Carillanca había sido fundada por inmigrantes, cuando las vías del ferrocarril llegaron hasta esa zona remota. Y las historias, en vez de conservar su origen se fusionaron en leyendas nuevas y en mitos del pueblo. Las historias tenían su magia. Y eran parte del folclor local, como sus carnavales.

Se apostó frente a las hojas y comenzó a elaborar su ensayo. Escribir no era uno de sus fuertes. El eje de su vida era la pintura, talento natural que heredó de su abuela materna, la cual estaba muy lejos

de allí. Pero la pintura, según su madre, no era una profesión rentable de la cual pudiera vivir. Por eso, siempre estudiaba, para ser una buena alumna, y para obtener el brillante futuro que sus padres esperaban de ella. Y la posicionaba en un nivel de comparación con respecto a Camila, su hermana mayor, que estudiaba Medicina en la universidad, en otro lugar muy lejos de allí, en una enorme ciudad turística de altos edificios con vista al mar en la provincia de Buenos Aires.

Al atardecer, cuando la luz solar casi no se filtraba por los vidrios, Julieta observó su tarea y dio por sentado que estaba por terminarla.

Sus padres, dos profesores de matemáticas, llamados Ignacio y Amanda, hacía poco tiempo que habían regresado de su trabajo. Por lo que Julieta muchas veces pasaba las tardes sola. Aun así, la tenían muy controlada. De haber invitado a Sergio sin decir nada, sus padres se habrían enterado por algún vecino. Los rumores en Carillanca circulaban alrededor del pueblo de boca en boca y de forma cada vez más exagerada. Y su madre siempre le había dicho que tenía que mantener el buen nombre y el honor. Por lo que el chico, solo iba a su casa cuando estaba alguno de ellos. Por eso, se quedaban siempre un rato largo juntos después del colegio.

Cuando decidió bajar a merendar, el timbre de la sala sonó varias veces con mucha insistencia. Tenía incorporada la alegre Marcha Turca de Mozart. Ambos sonidos, el del timbre y el de la música, se atropellaron a sí mismos varias veces creando algo disonante que urgía por ser acallado.

Del otro lado de la puerta, estaba Caro, su mejor amiga, con una terrible expresión en el rostro. Le aferró una mano con fuerza, y Julieta notó que temblaba. Desconcertada, trató de entender lo que le pasaba.

—Nena... ¿No te enteraste? —le preguntó su amiga.

—Hola, Caro. No... ¿De qué me tenía que enterar?

La muchacha sacudió los extensos rulos dorados con desesperación, al ver que Julieta no tenía idea de qué le estaba hablando.

Caro se cubrió la boca con la mano libre, y pareció arrepentida de haber llegado así de improvisado, llamando al timbre como una desquiciada.

—¿Qué pasa? —preguntó Julieta.

A Carolina le tembló la mano un poco antes de tomarle un mechón de pelo cobrizo a Julieta y acariciarlo con ternura. El gesto, insólito y dulce, hizo que la adolescente frunciera el entrecejo aún más extrañada.

—¿Me podés contar qué pasa? —dijo, con una repentina sensación de debilidad que poco a poco se fue apoderando de ella.

—¿Escuchaste a los bomberos hoy?

—Sí. ¿Qué tiene?

Caro se mordió la boca y observó el suelo.

—¿Y no escuchaste nada más?

Julieta enarcó las cejas. No, no había escuchado nada más. Había hecho sus deberes como siempre. Negó con un gesto.

—Tu novio... Tu novio fue... —tartamudeó, pero Julieta le entendió perfectamente.

—¿Incendió algo? —preguntó preocupada. Su amiga la observó con terror.

—No, no, no. ¡Dios...! ¿Cómo te lo digo? —suspiró con fuerza y soltó el peso como una bomba—. Cayó a las vías.

Como una ingenua, Julieta relacionó lo que siempre pasaba con algo que no terminó de comprender.

—Creo que no te entiendo Caro... ¿Tuvo un accidente?

Carolina estaba a punto de contestar, cuando detrás de ella, con la puerta aún abierta, se asomó la cabeza de otra muchacha, con el semblante completamente deformado e hinchado. Las lágrimas que escurrían por su rostro terminaron por confirmarle que había ocurrido algo desagradable. Julieta la reconoció enseguida. Era la hermana mayor de Sergio. En medio de ese silencio estridente, Carmen aclaró lo que Julieta ya sabía por instinto pero aún se negaba a reconocer, porque muchas veces preferimos convencernos con una mentira que escuchar la terrible verdad.

—Sergio falleció.

—Julieta... —empezó a decirle Caro intentando buscar las palabras—, se arrojó bajo el tren, y perdió la vida.

Los ojos amarronados de Julieta, abiertos de la impresión y la incredulidad, se posaron en su amiga, y entonces todo le quedó tan claro que sintió como se quebraba algo dentro de ella. Quiso decir una palabra pero se le había dormido el habla. Un apagón repentino a su alrededor la desvaneció en el suelo, aunque podía escuchar el alboroto de sus padres y los gritos de Caro, hasta que volvió en sí, y el mundo se había transformado en un sitio desolador donde solo hacía mucho frío. Como el crudo invierno.

La muerte inesperada de un ser querido, sobre todo si es a quien más amas, le quita las ganas de vivir a cualquier adolescente. De pronto, Julieta se sintió muy sola aunque la rodearan muchas personas. El vacío carroñero se instaló en su interior y comenzó a desgarrarle la vida.





CAPÍTULO 2



Un par de portazos del auto sacaron a Julieta de sus pensamientos. Estaban frente a la casa velatoria. Era una noche cruel y hacía un frío que calaba los huesos. Podía percibirlo a través de sus medias de lycra y la falda. Nada de abrigo le era suficiente. Ya todos se habían bajado del vehículo y ella no se animó a hacerlo. Sus padres le dieron un tiempo hasta que decidió salir.

El viento helado le castigó el rostro y despeinó su cabello. Después de dar unos pasos, cerca de la puerta y de los ojos de mucha gente, Julieta no pudo soportarlo más y echó a correr en dirección contraria, desesperada.

Una impetuosa adrenalina le dio la fuerza necesaria de la que careció minutos antes. Corrió y corrió hasta que llegó al único lugar que tenía un significado para los dos. Los sollozos la dejaron sin aliento, y las lágrimas se cristalizaron sobre la piel, podía gritar de dolor, allí sola, donde no había nadie que pudiera oírla o verla.

Frente a la iglesia, se encontró detenida junto a un banco de piedra..., *su banco de piedra*. Su mano mecánicamente se posó sobre el asiento y se estremeció. Otra vez lloraba y quizá nunca dejara de hacerlo. Su vida había cambiado para siempre. ¡Cuántos besos se habían dado allí! Después del colegio ese día había sido la última vez. La verdadera última vez.

Tomó asiento y se envolvió en sus propios brazos. Al cabo de un rato, el mismo dolor y frío la arrullaron de tal forma que se recostó a la intemperie. Tenía muchas ganas de viniera a buscarla la muerte y la llevara con él. Pero en vez de aparecer esta, fueron sus papás los que estaban a su lado irguiéndola y cubriéndola con un abrigo para que no se congelara.

—Vamos a casa, hija. No hace falta que vayas si no quieres —se compadeció su padre.

—Déjenme sola.

—Julieta, no está bien que estés acá, muerta de frío.

—Es nuestro lugar.

—Pero está helando —acotó su madre, con más carácter.

—Dijo que nunca nos íbamos a separar y se fue —sollozó—. ¿Por qué lo haría?

—Eso es algo que se tiene que investigar. ¡No es culpa tuya!

—Dijo que era el amor de su vida y él es el amor de mi vida también. ¿Cómo se va a ir así y me va a dejar sola? —musitó.

Volvieron a cargarla en el auto y, desde ese momento, todo pasó ante los ojos de Julieta como si fuese ajeno, como una película, desde lejos.



Aún después de cinco interminables días, la primera experiencia amarga de Julieta con la muerte todavía era tan cercana que la sentía en carne propia, revoloteándole alrededor, como un buitre.

Un día decidió pesarse y descubrió que había bajado varios kilogramos, sin darse cuenta, había perdido apetito y se la pasaba encerrada en su habitación. Miraba cómo pasaban las horas a través de la ventana: la copa del árbol que se mecía con suavidad, sacudiendo las hojas secas que se amontonaban sobre la vereda, las montañas en el horizonte tenían las cimas cubiertas de nieve. Y los días parecían transcurrir uno tras otro sin una cuota de sentimiento para con ella.

Sus padres, preocupados, ya se habían molestado en consultar una psicóloga, pero no se decidían a llevar a su hija aún. Nunca la habían visto de esa manera. Tenía una profunda depresión que no conseguía superar. Era cuestión de tiempo. Llevaba varios días ausentes en el colegio y no tenía intenciones de regresar a clases. Al menos no por el momento.

Carolina venía casi todos los días. Le traía los deberes y las anotaciones de las clases, aunque era inútil, porque Julieta no las

copiaba. Carolina después hablaba sin parar de cosas cotidianas del colegio, intentando que Julieta se riera. Uno de esos días, sin embargo, Julieta decidió hablar.

—Quisiera llevarle flores al cementerio.

—Dale, vamos —aceptó Caro sin dudar.

Julieta cargó con un ramo de rosas blancas, que dejó sobre un panteón recién levantado en un cementerio de viejas sepulturas de piedra, ángeles antiguos y abandonados por el paso del tiempo y flores resacas que nadie cambiaba. Una brillante placa de bronce y un portarretrato casero contenía una de las fotos más recientes que se había sacado Sergio con el uniforme del colegio.

Un nudo le subió desde el estómago a la garganta ¿Sería verdad que estaba allí, a dos metros bajo tierra? Extrajo un rosario de su bolsillo y dijo unas oraciones, mientras Caro la esperaba, paseando entre las demás tumbas y observando fotografías y nombres. Cuando acabó, junto con la tarde, ambas se dispusieron a salir del cementerio casi vacío.

Algo le llamó la atención a Caro, había un mausoleo que resaltaba en todo el lugar. Y lo más llamativo es que un hombre salía de él con la mirada triste.

—Pobre, ¿sabías que ese hombre le trae flores a la esposa, pero ella no está enterrada ahí? —murmuró Caro, mientras observaba cómo se alejaba del lugar.

—Ah, ¿sí? —preguntó con curiosidad Julieta, a pesar del estado de ánimo. Cuando prestó atención, no vio a nadie allí, ya se había marchado.

—Se la llevaron los otros parientes a su lugar. Viste que tienen sus propias creencias. Y ella era una de ellos. Pero ese hombre le había mandado a construir su tumba acá. Quizá para él, su espíritu sigue en este cementerio.

—Eso me suena muy triste.

—Es una leyenda del pueblo, como las que vimos en el colegio. Una de tantas —dijo, reanudando la marcha.

Caminaron por las calles de tierra, mientras el paisaje de campo se tornaba anaranjado y rojizo. El polvo volaba cuando sus zapatos

daban un paso tras otro, haciendo un ruido seco e intenso, cuando todo lo demás callaba.

—¿Y cuándo pensás volver al cole?

—No sé, tenía pensado abandonarlo, en realidad.

—¡No seas tonta! Algún día vas a tener que terminarlo.

—Quizá pueda terminarlo en Villa Dominga —dijo, refiriéndose a un pueblito cercano.

—¿¡Qué!?! ¿Me lo decís en serio? ¿Te estás escuchando? —estalló Carolina con su impulsividad.

—Bueno, es que no sé qué hacer, no tengo ni media gana.

—Pero si te cambiás, a mis ojos, quedás como flor de cobarde.

—¿Por qué me decís eso? —se angustió Julieta—. No quiero llegar y que todos me miren como si fuese una viuda.

—Superálo. Todos te van a mirar así el primer día. Pero como la vida sigue, después va a pasar —le recomendó—. Por ahora, no vengas, pensá en salir, despejarte, pero yo ni loca te dejo terminarlo en otro lado, ¿me escuchaste?

Julieta abrió sus ojos con sorpresa, como si hubiera despertado de un letargo.

—Gracias Caro. Disculpá esta actitud. Prometo mejorar.

Julieta, al entrar a su casa, autómatamente, vislumbró las escaleras que conducían a su refugio aislador. En su mano se enroscaba el rosario como el medio de contacto que los separaba de ahora y para siempre. Nada en ese momento tenía valor ni incentivo para reanimarla. Todo en Carillanca carecía de interés, incluso el otoño, su estación preferida. Desesperanzada, se imaginó un futuro demasiado vacío y negro, es decir, ni siquiera uno. Había perdido su propio eje.

Había cosas que no cerraban, y los porqué en torno a la muerte de Sergio, llenaban de dudas su mente atribulada, sin dejar de perseguirla, ni de atormentarla.



CAPÍTULO 3



Hace diez años, en el único colegio privado de Carillanca, «La Inmaculada concepción de la Virgen María», Julieta no era demasiado diferente a lo que había sido hasta la muerte de Sergio, pero sí era todo lo responsable que una chica pudiera ser. Estudiosa, buena compañera, y una excelente alumna, era de esas que nunca causaba problemas. Al contrario, era con ella a quien sus compañeros le gustaba gastar bromas pesadas. ¡A veces era tan ingenua!

Sergio la perseguía desde los 10 años. Pasaba por detrás de su banco y le tiraba del pelo, haciéndola gritar. Una vez le pegó un chicle y su madre tuvo que cortarle el mechón porque era imposible de quitar. Otras veces tenía la manía de empujarla cada vez que pasaba a su lado.

Julieta no podía ni verlo.

Solía llegar a casa llorando y su madre le explicaba que, generalmente, cuando un varón gustaba de una chica, la única forma que tenía de acercársele era molestándola.

Y Julieta explotaba: ¿¡Cómo podía ser que Sergio gustara de ella si le hacía de todo!?

Verlo le daba una bronca inmensa.

Él entraba al aula cada mañana con su mochila azul gigantesca, los cordones de sus zapatos desatados, la corbata desanudada, el cabello sin peinar, y el suspiro de su madre desde lejos, que no sabía bien qué hacer con él. Lo dejaba en la entrada del colegio, se aseguraba de que pasara el portón y se marchaba a su trabajo.

Las cosas cambiaron cuando Julieta empezó a juntarse con Carolina. Ella tenía carácter y la defendía de las bromas de los demás, y al contrario que su amiga, les devolvía las bromas a los compañeros

multiplicadas por mil, como ponerles la traba para que se cayeran al suelo cuando caminaran hasta el pizarrón. Sabía tironearles los botones de metal del saco hasta que los arrancaba. También era de las que se trepaban al pino del patio y les arrojaba como proyectiles las piñas desde lo alto. Era bastante salvaje. No por nada la llamaban «el terremoto», el terror de las monjas.

Ni Sergio, con lo insoportable que era, se atrevía a desafiarla. Todos le tenían respeto. Y Julieta se sentía protegida al ser su amiga. Sin ella no sabía cómo defenderse. Pero al pasar el tiempo y mientras la amistad de las dos chicas crecía, Sergio de a poco, fue tranquilizándose y comenzó a mejorar las calificaciones del colegio, a hacer deportes y tenía nuevos amigos. Eso provocó que dejara de ser tan molesto en el salón de clases.

De vez en cuando, seguía molestando un poco a Julieta. Era como su derecho personal a pesar de que habían pasado varios años. A veces parecía empecinado con ella, aunque Caro la defendiera.

—Te voy a hacer un bebé —le dijo un día, cuando estaban en primer año de secundaria.

La cara de Julieta se transformó en una mueca de horror.

—¿Qué?!

Y Sergio le hacía señas obscenas desde su lugar, mientras el resto de la clase reía por lo bajo. Así era casi todos los días. La tenía realmente cansada y de su parte, se había ganado su odio eterno. Eso siguió así, hasta aquella histórica mañana.

Era una aburridísima clase de matemáticas, en la primera hora, cuando todos los alumnos estaban bastante dormidos todavía como para entender algo de lo que la hermana Clarisa decía. Era una persona detallista y descriptiva que trataba de hacer que los chicos se interesaran por esa ciencia. Y teniendo en cuenta el horario en que le tocaba dar clase, con sus alumnos que llevaban la almohada pegada en la cabeza, no se le ocurría mejor forma de empezar sus explicaciones que armar una ridícula obra teatral que abriera aquellas mentes y esclareciera los grandes enigmas del saber matemático.

Comenzó con una dramatización arremangándose el hábito hasta las rodillas, para «cruzar» un charco con chanchitos. Tomó unas tizas

de colores, y se puso a dibujar a los puerquitos en el pizarrón, dándole la espalda a todos.

Entonces Sergio aprovechó la distracción de la profesora para arri-mar su mano por debajo del banco contiguo y tocarle la pierna a Julieta, que saltó del susto y se aguantó las ganas de soltarle un rosario de insultos impropio de ese tipo de colegios.

El resto de los chicos observaba expectante y en silencio, atentos a las nuevas circunstancias que resultaban mucho más interesantes que la clase de matemáticas.

Sergio continuaba manoteando el costado porque su intención había pasado de la pierna a la cola. Estaba obsesionado. Y, sobre todo, parecía disfrutar de la rabia que Julieta exudaba. Mientras tanto, la hermana seguía dibujando sobre el pizarrón, completamente ajena.

—¡Basta, Sergio! —murmuraba Julieta, harta, intentando quitarle la mano.

Más insoportable que nunca, el chico no le hizo caso y permaneció empecinado. Julieta se echó hacia el costado sobre Carolina, que estaba tentada de la risa con la situación.

Pero de repente, ocurrió algo que dejó a todos helados, excepto a la docente, que seguía en su mundo. Por un misterioso impulso, por primera vez en su vida, Julieta había dejado que su mano se fuera sola desde su escondite hasta estrellarse con fuerza en la cara de Sergio. Resonó en el aula y todos ahogaron una exclamación esperando impacientes la respuesta del muchacho a semejante atrevimiento. Nadie le había puesto una mano encima jamás en el colegio.

—¡Qué hacés!? —gritó, confuso, llevándose una mano al rostro.

—¿Qué está pasando? ¡Silencio! —dijo la profesora, girándose por primera vez.

Julieta se apretujó la mano, sorprendida. Se había defendido sola, y de qué manera. Sin necesidad de que Caro tuviera que hacer algo por ella.

A partir de aquel día, Sergio no la molestó nunca más. Y la trató con el mismo respeto que tenía con todas sus compañeras.



Al año siguiente, cuando reanudaron las clases, Julieta y Sergio parecían dos personas completamente diferentes. El tiempo había operado un cambio en sus personalidades. Él estaba relajado, se había convertido en excelente estudiante. Solía sacar novelas clásicas de la biblioteca y se quedaba charlando con la profesora de lengua durante el recreo. Parecía más maduro.

Julieta, en cambio, había obtenido por fin el tan ansiado permiso para salir por primera vez con sus amigas, en las vacaciones se había colocado un piercing en la nariz, y les mostró a todas las chicas del curso un tatuaje muy discreto de un tierno angelito escondido debajo del pelo. También había cambiado la manera de vestirse. Según Caro, antes se vestía como una abuela. Incluso su pelo, que antes lo llevaba atado sin gracia, ahora caía suelto y tan largo que resaltaba el color cobrizo lacio, casi pelirrojo.

Las cosas cambiaron entre ambos desde aquel día en que la profesora de biología les encargó hacer en grupos láminas sobre la polinización. Y, como siempre notaba que armaban los mismos equipos, decidió cambiarlos. Así, por primera vez, a Sergio y Julieta les tocó trabajar juntos, además de Carolina y Lourdes.

Por la tarde, habían quedado para reunirse en la casa de él. Las chicas solían visitarlo en otras ocasiones, como su cumpleaños, pero Julieta nunca había ido a su casa, teniendo en cuenta lo mal que se llevaban de pequeños. Y, además, era una persona bastante tímida.

La mamá de Sergio trabajaba en el Banco de la ciudad, por lo que, seguramente, no estaría en la casa ese día. Y su hermana mayor, Carmen, tenía una boutique de ropa en el centro de Carillanca, por lo que pasaba el día afuera.

La vista de la casa era grande, revestida en piedras, con un increíble jardín de rosas blancas en el frente. Aunque las distancias no eran exageradamente largas, quedaba en la entrada del pueblo y habían tenido que caminar hasta allá. Caro le dio un empujón a Julieta, para que avanzara y tocara el timbre.

Julieta aún podía recordar la cara sonriente con la que salió a recibirlas ese día. Y que, desde ese momento, estar cerca de él había sido una experiencia que le generaba muchos nervios. Extraños, pero que le anudaban el estómago como si se lo retorcieran.

Lo primero que a Juli le llamó la atención al entrar fue una pecera gigante, con varias especies aleteando a lo largo y ancho, plantas acuáticas y juguetes simpáticos. Todo un mundo submarino. Se acercó despacito para verlos mejor, y se quedó absorta contemplándolos. Él, quizá a propósito, se acercó por detrás peligrosamente y le había susurrado: «Son míos, ¿te gustan?». Su aliento tibio le hizo cosquillas hasta la médula. Y el sobresalto de Julieta hizo reír a Carolina a carcajadas.

Se encaminaron hasta el quincho, donde Lourdes estaba dibujando muy concentrada. Después de un rato de bromear todos juntos mientras tomaban mate y hacían el trabajo, Julieta descubrió un chico que se mostraba simpático y amable al mismo tiempo. Como si fuera otro. Ese contraste le llamó la atención. Cuando se reía, el pelo negro de la frente se le movía para todas partes, y sus ojos que eran súper azules, se entornaban tanto que le quedaban escondidos hasta que ocultaban su color.

Se había quedado tan obnubilada mirándolo que no se dio cuenta de que cuando chupó la bombilla del mate y él la observó, se ahogó del susto y le faltó el aire. En realidad, quería reírse, pero iba a escupir todo, y las chicas comenzaron a gritar entre risas.

—¡Julieta, levanta los brazos! ¡Respira! —le gritaban histéricas y tentadas.

Cuando el líquido pasó, le había dado tal ataque de risa que no podía parar, y tanto Caro y Lourdes, como Sergio, rompieron el momento de tensión y pasaron una de las tardes más divertidas que Julieta recordara.

Después de ese día, Sergio comenzó a acercarse más a ella. Solía pedirle algún deber que se le pasó anotar o ella lo llamaba por teléfono para consultarle alguna duda. Se habían transformado en buenos amigos. A veces quedaban en la biblioteca del pueblo y avanzaban con sus deberes. O cualquier excusa pasó a ser buena para reunirse junto al grupo. Finalmente, ella se encontró más enamorada de lo que recordara haber estado de algún chico del colegio. Le gustaba tanto que deseaba convertirse en alguien más para él.

El domingo de Pascua era uno de los únicos domingos del año en el que toda la familia de Julieta iba a la iglesia. Y Julieta los detestaba

porque los domingos se levantaba tarde y le sobraban las misas del colegio cada jueves.

Al llegar, se instaló en un banco del fondo, lejos de todo el mundo, aunque el lugar estaba lleno. En cambio, su familia se había ubicado cerca del coro, adelante. Ya había empezado y la gente aún seguía llegando tarde y acomodándose cerca de Julieta.

Cuando miró de reojo la gente a su alrededor, descubrió que Sergio se había puesto a su lado, haciéndole saltar el corazón.

En vez de prestar atención a la liturgia, se dedicaron a observarse mutuamente en silencio o haciendo comentarios en voz bajita, y repetían todo de memoria y sin pensar, riendo por lo bajo.

El cabello de él estaba todo desparejo a falta de peine y los ojos escondían expresiones pícaras, de vez en cuando hacía algún chiste y Julieta tenía que aguantarse la risa, porque una señora mayor se giraba para mirarlos con reproche a cada rato.

«Padre nuestro que estás en el cielo...», recitaban los fieles a coro, y fueron tomándose de las manos unos con otros. Sergio ofreció la suya a Julieta con una sonrisa que le robó el aliento y, temblorosa, aceptó el cálido apretón, derritiéndose. A pesar de los nervios, estaba experimentando una verdadera sensación de absoluta felicidad.

Después del «amén» todavía no se soltaban, hasta que con timidez y educación, Juli retiró la suya a su pesar.

«Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy, no tomes en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos...».

«Amén», contestaron todos.

«La paz del señor sea siempre con vosotros».

«Y con tu espíritu».

«Daos fraternalmente la paz», dijo el sacerdote.

Y la congregación comenzó a moverse para saludar con un beso en la mejilla derecha, deseándose paz con los de alrededor.

—Julieta, la paz sea contigo —susurró Sergio cuando se acercó para darle un beso.

El coro de la iglesia comenzó en ese momento otra canción.

Y ese beso, dirigido hacia la mejilla, inesperadamente terminó sobre los labios de Julieta, quien, sorprendida, abrió sus ojos para ver cómo él los cerraba con ternura y alargaba el momento para transmitirle en un segundo todo el amor que le había profesado en silencio desde hacía algún tiempo.

Julieta no recordaba si en ese momento sonaron las campanas de la iglesia, o había ángeles que cantaban. El cosquilleo en su panza, la respiración entrecortada y la inolvidable sensación de que volaba sobre nubes le habían indicado que el amor llegó a su vida para quedarse con ella.

—Y, y... Con..., con tu espíritu... —había tartamudeado, sin dejar de observar su irresistible sonrisa.

Un beso en la boca dentro de la iglesia durante la misa, era inaceptable. Pero prodigioso y bello. Inolvidable.

Ese fue el comienzo de su relación, en segundo de secundaria, cuando apenas ambos tenían 14 años.

Sergio había sido su primer amor, y se había robado su primer beso.





CAPÍTULO 4



Las cosas no habían cambiado demasiado para Julieta en esas semanas. Solamente había comenzado a salir a pasear. Para ella, caminar en solitario ayudaba a pensar. Había muchas cosas en las cuales debía concentrarse, su vuelta al colegio, su futuro y ella misma.

Caminaba por el parque o por el centro de la ciudad, pero siempre sola. Sus ojos se perdían en pequeños detalles de lo que la rodeaba alrededor: en la arquitectura del pueblo, en las personas. Se había vuelto bastante observadora. Algunas veces, se dejaba acompañar por Caro.

Una de esas tardes, soleadas y frescas de otoño, en la que las hojas de los alerces y cipreses se desbocaban como una lluvia rojiza y amarillenta, Julieta se encaminó con distracción hacia donde se encontraba la Reserva ecológica de Carillanca, la cual se extendía más allá de las afueras del pueblo y hacia las montañas.

Era un lugar cercado con una alambrada, porque a pesar de ser un lugar turístico, era una propiedad privada.

Julieta sabía, que para acceder, tenía que pagar. Pero algo tan bonito no debía estarle vedado a nadie, pensó. Se sintió invitada por la naturaleza.

Respiró profundamente, y sus pulmones se llenaron de algo más que el mero aire de las montañas.

Entonces, entre el camino de tierra como único testigo, advirtió que allí no había nadie más que ella y la alambrada para juzgarla. Y contrario a sus ideas morales y años de educación familiar, tuvo la necesidad de romper las reglas que conocía. La entrada estaba inminentemente prohibida a menos que un guía local te acompañara.

Pero nadie se enteraría de esto. Sería un secreto entre Julieta y el bosque.

La adrenalina viajó por todo su cuerpo desde el momento en que se decidió a traspasar los alambres. Miró alrededor para comprobar que nadie la veía y, al confirmarlo, con suma emoción balanceó una pierna entre ellos y agachó el cuerpo, para pasar el resto después.

Y, así como así, ahí estaba: violando la ley por primera vez en su vida en la Reserva de Carillanca. La propiedad de una importante familia. La sensación fue rara, entre liberadora y excitante. Después de dar el difícil primer paso y superarlo, decidió dar un paseo por el bosque.

Hacia el oeste, el bosque se espesaba mucho más y los árboles aumentaban su tamaño, dejándolo casi en penumbras, en la oscuridad en la que habitan los seres mágicos de las leyendas.

En ese tranquilo y hermoso lugar, Julieta creyó encontrar la paz necesaria que necesitaba para pensar en su novio sin que nadie la obligase a lo contrario. Allí estaba lejos de miradas conocidas y de consejos que no tenía ganas de escuchar. El sol y la brisa la invitaban a relajarse y dejarse llevar. La envolvió el rumor de las hojas y el olor a tierra húmeda, había «algo» que la invadió por dentro, una sensación expandiéndose por su pecho, un perfume de otoño, natural y rico que perduraría en la conciencia de Julieta durante mucho tiempo, cuando se transformara en un recuerdo. Allí, tenía ganas de sentirse viva. Como cada árbol y cada flor, cada pájaro y cada piedra.

Al girarse, descubrió que la alambrada había quedado bastante lejos. El sonido de sus pasos sobre el terreno le pareció diferente al que hacía por las calles del pueblo. Cada tanto, cruzaba bifurcaciones de los senderos habilitados para turistas que estaban rodeados de arbustos y matas de flores. Comenzó a recoger algunas a medida que se iba internando más y más profundo.

De pronto, se quedó muy quieta.

Después de tantos días de encierro, de soledad y absoluta melancolía, Julieta Fellon se descubrió a sí misma sonriendo de nuevo. Estaba feliz.

Su expresión cambió de repente cuando otra cosa llamó la atención de la joven. Esta vez fue de sorpresa. Algo se escuchaba cerca de allí. Parecía música. Música en el bosque. Como si los árboles de la Reserva pudieran crearla por sí mismos. Y su sonido era tan hermoso que parecía ejecutado por elfos, como un hechizo.

Giró su cabeza en todas las direcciones prestando atención. La música parecía provenir de una flauta, misteriosa y perdida como ella, entre los árboles.

Descubrir de dónde provenía, se convirtió en su próxima aventura esa tarde, emocionada, sabía que estaba cerca de ella, en algún lugar del bosque.



Julieta respiró hondo en la soledad del bosque y trató de orientarse hacia el sonido de la música.

No era el viento. Aunque silbaba y confundía los sentidos de la chica. Estaba más que segura que era un instrumento musical. Empujada por una fuerza interna, se sintió obligada a descubrir a la persona que lo ejecutaba con destreza y fluidez.

En un instante, un ventarrón furioso la despistó un segundo y miles de hojas crujientes y marrones le entorpecieron la visión hacia adelante, Julieta se cubrió los ojos con el brazo para que no le entrara ninguna basurita y el sonido se perdió en el silencio.

«No necesito escucharlo otra vez... Quiero oírla de nuevo, por favor, tocála de vuelta...», le suplicó a quien fuera que estuviera allí.

La terrible desilusión recorrió su cuerpo, como si el alma la abandonara para siempre. Solo ella podía buscar con la mirada lo que únicamente encontraría con el oído, pero allí cerca no había rastro de nadie por ninguna parte.

La repentina sensación de abandono despertó su angustia. Dio media vuelta para regresar, dispuesta a salir de aquella reserva, cuando la música brotó de pronto y pareció llamarla a buscar de nuevo.

Llena de expectación y ansiedad, reanudó la búsqueda con inquietud, orientándose a través del sonido. Caminó a tientas por

senderos, sin sentirse segura, aunque a veces el viento disfrazaba la resonancia y otras lo esparcía por diferentes rincones. La sangre caliente bullía como un torrente bajo su piel. Todo era emoción por primera vez en mucho tiempo.

En ese punto, la música se hizo más cercana. Temió que aquella persona se enojara, o se fuera, o la asustara con su presencia. Pero su curiosidad era más fuerte. Tenía que ver.

Se aproximó despacio, intentando no hacer ruido al pisar las hojas secas. Julieta fue rodeando el grueso tronco de un árbol, y palpó la áspera corteza, un agradable cosquilleo le recorrió los dedos. Atenuó la respiración hasta contenerla de forma inconsciente cuando se topó con la persona que en su soledad, practicaba sus melodías en forma anónima, ausente del mundo.

Para Julieta fue como si el tiempo, de repente, se hubiera detenido en la eternidad. Y él marcó en ese instante un antes y un después en su vida. Sin saber por qué, y sin saber lo que significaría. Ese momento aquietado, al compás de la música, lo calmó todo, hasta su propio dolor, como la magia.

El sentimiento que Julieta experimentó, desconocido y bello, era una mezcla de tristeza con ternura, de abandono y de atracción. Sus pupilas brillaron. Era una visión. O similar a una.

Un ángel de la música.

O tal vez, simplemente, un muchacho como ella, solitario, en la espesura de la Reserva.

De a poco, los sonidos, colores y formas, volvieron a penetrarle los sentidos. Y la trajeron de vuelta al mundo real.

El músico, sentado a los pies del árbol, era un chico más o menos de su edad, que tenía los ojos cerrados y parecía que no darse cuenta de que había atraído a alguien con sus melodías. Y que desdibujó la realidad en un instante eterno. Había conseguido algo que nadie podría en esos momentos, hacer que el corazón de Julieta vibrara con celeridad.

Cuando el joven dejó de tocar, exhaló un suspiro y se pasó delicadamente la mano por la boca. Aún parecía ajeno y distante. Concentrado en su propio mundo. Julieta lo observó en detalle un poco escondida, pero con curiosidad.

Nunca lo había visto en Carillanca, de eso estaba segura. Tenía el cabello de un castaño no muy oscuro y la piel clara con un leve tinte de sol. Sus rasgos eran indefinidos y atrayentes, de líneas firmes. De cerca, parecía más grande que ella, pero no mucho más. Se veía esbelto a pesar de estar sentado. Y llevaba poco abrigo, unos jeans negros rasgados y una camisa arremangada y abierta, con una camiseta debajo. Lo más interesante, e inevitable de observar, era su cabello: desprolijo y desordenado que le caía sobre la frente y le recordó a Sergio. El viento jugaba con ellos y él se los acomodaba una y otra vez. Ese detalle la hizo sonreírse en silencio.

De pronto, el chico contrajo sus piernas y se puso de pie de un salto. Encaró directamente a Julieta con la mirada, sus ojos, que aún no había contemplado, la atravesaron con dureza, fríos y grises. Se sintió desprotegida y sin ninguna excusa. ¿Qué estaba haciendo ahí en ese momento, espiando a un desconocido?





CAPÍTULO 5



A mil por hora, la cabeza de Julieta se revolvió tanto que se mareó. ¿Qué podía decirle a ese muchacho que nunca había visto en su vida? Miles de sensaciones la recorrieron por un segundo, entre esa sorpresa, la adrenalina y el susto.

Comenzó a temblar nerviosa.

Él, inmutable, observó con descaro a esa chica flaca, de pelo castaño cobrizo y ojos marrones que tenía delante. Notó su miedo en la mirada y en la forma en la que su pecho se agitó bajo la campera de jean. Tiritaba con fuerza.

—¿Te gustó la melodía? —le preguntó con seriedad. Su voz era grave, su tono amable.

Julieta asintió porque no le salió ninguna palabra coherente. Se había quedado obtusa por completo.

—Te la dedico —dijo, sin esperar una respuesta, tomando asiento.

Y la misma canción volvió a sonar.

Por increíble que pareciera, alivió temporariamente su sentimiento de tristeza. Le causó una profunda emoción escuchar algo que tenía la capacidad de alejarla a un lugar idílico. Julieta se deslizó hacia abajo con cuidado, y se sentó a su lado, sin poder dejar de observarlo y analizarlo con respeto y admiración. Era un profesional.

Entre la música y el viento, de manera inevitable y abrupta recordó a su novio. Era como si cobrara vida con ella. Como una caricia invisible.

Desde que él murió, sentía su presencia caminar a su lado, lo imaginaba como su propio ángel de la guarda.

Poco después, el chico dejó de hacer música, y Julieta seguía tan ensimismada que no se había percatado, inmersa en sus propios recuerdos. La observaba con indiferencia, esperando que reaccionara. Y cuando lo hizo, con lágrimas en los ojos, se puso de pie con rapidez, con ganas de huir de ahí. Otra vez la tristeza de los recuerdos generó que tuviese ganas de estar sola, pero había conocido a alguien.

La frialdad de su mirada la puso realmente incómoda, la volvió débil. Como si sobrara en ese hermoso paisaje.

—Gracias. Tu música es muy linda, aunque no sé ni lo que es.
—Le dijo Julieta con un gesto. Dio un paso dispuesta a marcharse.

—¡Ey!, ¡no te vayás! ¡Sentáte! —le ordenó—. ¿Vos?, ¿quién sos?
—inquirió con curiosidad mientras se revolvía el cabello.

Ante la pregunta, Julieta se tardó en contestar. Era un extraño que la observaba con presunción y le produjeron más inquietudes que certezas en la cabeza confusa. Después de una escena tan linda, ahora tenía dudas.

—Me llamo Julieta —contestó—, ya tengo que irme.

—Esperá, ¿te gusta la música? —preguntó, ignorando cómo Julieta volvía a ponerse de pie, lista para huir de allí.

—¿La música? —repitió, y se sintió como una idiota, como si no supiera de qué le estaba hablando este chico—. ¿En especial o en general?

—En general y en particular —aclaró sin entusiasmo.

—La rara.

—¿En qué categoría entraría ese concepto? ¿A qué definís raro?
—inquirió con diversión, poniendo énfasis en la palabra *raro*.

Julieta se intentó explicar al ver la forma en que la miraba.

—Ah, bueno, Supongo que...

—Sorprendente tu elocuencia —la interrumpió.

La adolescente se sonrojó. Ella podía hablar. Pero en ese momento se había olvidado de cómo hacerlo. La desconcentraba.

—Me refiero a música como... *Era*.

—¿Canto gregoriano? ¿Pero moderno? —su rostro se contrajo en una mueca que podía ser de asco. Soltó un bufido y sonrió. No parecía decirlo en serio—. ¿Y qué hacés acá?

El tono de su voz cambió por completo, y la forma en la que la observaba también. Parecía a punto de reprocharla.

—Daba un paseo —divagó Julieta—. ¿Por qué tantas preguntas?, ¿quién sos vos?

—¿Un paseo? Eso sí que suena raro. Por lo que sé, hoy no está abierta la Reserva para visitas.

—No lo sabía.

—La entrada estaba cerrada —repuso el chico.

—No la vi.

—Entonces entraste por otro lado —dedujo. Y Julieta tragó saliva, al sentirse descubierta.

—Tal vez.

—¿No tenés miedo?

—¿Miedo de qué?

—De meterte sola, en un bosque donde no hay nadie.

—Lo mismo te diría a vos —lo acusó.

—¿Y no tenés miedo de mí? —le cuestionó con ironía.

—Ahora que lo decís, un poco. ¿Estás intentando asustarme? Sos solo un chico.

—Y vos sos demasiado confiada. A veces las fincas tienen seguridad armada. Por meterte en una propiedad privada podrían confundirte con un ladrón o algo así, y no contás la historia.

—Bueno, nadie tiene por qué enterarse de eso. Que sea un secreto —le propuso Julieta con entusiasmo.

—Lo siento —negó—. Yo no puedo guardarte este secreto. No es seguro para vos estar acá. Ni siquiera pagaste la entrada. Ni siquiera viniste con un guía.

—¡Ah, bueno! —Ironizó la joven—. Me parece que estamos compartiendo igualdad de condiciones en este sitio.

—¿Por qué lo decís?

—No sé, será porque encontré un pibe solo en medio de la nada tocando la flauta en un lugar en el que hay que pagar para entrar. Estás haciendo algo ilegal.

—¡Guau!, ¿estás reconociendo que estás acá porque te metiste en una propiedad privada? —le dijo entre risas. Para él parecía divertido.

—¡Y sí! ¡Vos también! No lo vas a negar —Julieta estaba en el colmo de su paciencia.

El muchacho frunció el entrecejo mientras parecía pensar.

—Admiro tu valentía. Solo que suena delictivo para mí.

—Me estás cargando, ¿no?

—No. Yo no soy un delincuente. ¡Vos sí!

—¿Qué te hace creer que no serías un delincuente diferente a mí? ¿Quién sos? ¿Sos de seguridad?

El chico soltó una risa extraña y contestó poniendo más nerviosa a Julieta de lo que ya estaba.

—¿No ves? Una persona. Alguien —su tono fue irónico—. No creo que esta flauta cargue con balas —agregó y le apuntó con ella como si fuera un rifle—. Dispara notas musicales.

Julieta lo observó incrédula. Le estaba tomando el pelo.

—Pero, ¿es que no se ve? Soy un ser humano como vos, de la especie mamífera. Bípedo. Y del sexo opuesto —se mofó con una sonrisa amplia.

—No me causa gracia —contestó.

—No tenés demasiado sentido del humor, ¿no?

—Tengo mis propias razones para que me falte.

—Todos tenemos secretos —concluyó—. Y, volviendo al tema, recordemos que estás acá sin autorización —parecía divertido hacerla enojar.

Julieta le clavó la mirada e intentó contener la paciencia. La estaba haciendo enojar como nunca nadie antes. O quizá como solía ser con Sergio, cuando eran chicos.

—Quiero saber cómo te llamás —exigió.

—¿Por qué? No tiene ninguna importancia. No creo que volvamos a vernos.

—Me gustaría saber si no estoy iniciando una charla con un fantasma. Carillanca está lleno de espíritus de leyendas —adujo, pero al momento se sintió una idiota por tener una excusa tan tonta.

—Esto no es un inicio de nada.

—Bueno..., nadie es capaz de predecir el futuro.

—Lo que menos hay aquí son espíritus —admitió el chico con gusto—. Son palabrerías para engañar a personas ignorantes. Y el futuro lo forjamos con las decisiones que tomamos. Si no vengo más aquí, no me verías.

—¿Vos no creés en las leyendas del pueblo? ¿Qué tal si sos parte de una?

—No te puedo creer que pienses en esas cosas —se horrorizó el joven.

—Yo creo en lo que veo.

—Entonces, estás mirando mal. Yo soy un chico solo que práctica música en soledad —replicó, ofuscado.

Julieta sonrió divertida, era la primera vez que lo veía un poco contrariado en todo ese rato. Le picó más la curiosidad saber por qué ensayaba solo.

—Y yo alguien que tenía ganas de pasear en soledad. Pero estás vos.

—¡Exacto! —coincidió—. No debería haber nadie, excepto yo. Te lo digo amablemente por última vez. Por favor, volvé por donde viniste.

—No voy a hacerlo —se resistió ella. Le sorprendía su capacidad de preguntarle cosas y después echarla porque se le antojaba. Y no le contestaba siquiera una.

—En fin, es tu problema —se encogió de hombros.

—Se ve que no te enseñaron a compartir.

—Me enseñaron a no meterme en una propiedad ajena.

—¡Ah...! ¿Sos el dueño? —preguntó la adolescente con interés.

—¿Te importa?

—Sos un engreído —le contestó Julieta, harta.

—Gracias por el elogio —sonrió el chico.

—¿Quién dijo que lo fue? Nunca había conocido a nadie así en mi vida. Aparentás algo que no sos.

El joven la miró sorprendido. Le había dicho algo que lo incomodó. Y lo dejó sin argumentos. Por un momento hizo un silencio, mientras pensaba, y contestó:

—Suponés más de lo que deberías. Detesto los prejuicios. Y la gente que es así. Ahora, andate.

Llena de rabia con la forma en la que contestó, Julieta decidió marcharse, pero descubrió que había perdido la orientación.

—No me voy a ir solo porque un engreído me lo dice. Vos, al igual que yo, estás acá por una razón.

El muchacho observó su flauta en silencio y la balanceó con cuidado, como si al sopesarla, también lo hiciera con su respuesta. Se veía incómodo y enojado.

—Es cierto —admitió, posando sus ojos sobre los de ella—. Vos debés tener una buena razón.

—¿Yo? Estaba hablando de vos —Julieta arrugó el ceño, y el chico le puso los ojos en blanco con lo que consiguió irritarla.

—Supongo que tengo mis motivos —suspiró con dramatismo—. Completamente «personales y privados». No tengo por qué decírselos a una desconocida con alteraciones nerviosas.

Julieta se quedó perpleja.

Decidió que a fin de cuentas, ese chico tenía razón. Ella estaba siendo demasiado insistente con alguien que apenas había conocido momentos atrás. Era evidente que las preguntas lo ponían incómodo y que evitaba responderlas. No tenía intención de ni siquiera decirle cómo se llamaba, lo que la desesperó aún más. Después de aquello, se concentró en su pequeña burbuja, ignorándola. Tocó otra melodía pero Julieta no se fue. La música la atraía tanto como un encantamiento, la sosegaba y la clavaba en la tierra. Toda la antipatía que él mostraba, la borraba de un soplido cuando ejecutaba el instrumento.

Al terminar, guardó sus cosas en un estuche y se puso de pie, acomodándose los jeans. Sin despedirse, se alejó unos pasos caminando, y volteó su cabeza para decirle una última cosa a Julieta:

—Si supieras quién soy realmente, dudo que quisieras haberlo sabido. Me llamo Ariel.

Sin más, se marchó de allí, cuando la tarde comenzaba a caer.







CAPÍTULO 6



Esa última frase descolocó finalmente a Julieta. Sonó a una amenaza.

«¡Es un idiota! ¿Quién se cree?», pensó. «No voy a venir nunca más acá. No voy a volver a entrar en la Reserva». Un sentimiento que arrasaba su interior como el fuego se transformó en una especie de rabieta.

A pesar de que no tuvieron un diálogo, sino más bien una charla sarcástica sin conocerse, Julieta no pudo parar de pensar en él en todo el camino. Los sentimientos encontrados se revolvieron en su pecho y se despertaron, aunque no podía asegurar de qué se trataba. Fue un cúmulo de cosas. Invitarse a entrar sola a un lugar que estaba cerrado. Encontrarse a alguien dentro. Escucharlo interpretar música. Sentirse viva otra vez. Discutir la hizo revivir. Sentir la hizo olvidar. Olvidar la hizo conocer otra realidad. La realidad de una nueva persona. Un chico extraño y solo dentro del bosque. Un chico lindo.

Julieta se detuvo para pensar en lo último que su mente delató a sus pensamientos. ¿Cómo podía pensar en alguien por más lindo que fuera? Estaba pasando por una etapa de «viudez de novia» como le había dicho Caro en chiste. Aunque, si pensaba con detenimiento, no significaba nada. Cuando el recuerdo de Sergio aparecía, ese dolor en el pecho como un agujerito se punzaba directamente en su corazón. Se enojó consigo misma porque a pesar de todo, no podía dejar de sentir curiosidad por Ariel, el chico de la Reserva de Carillanca.

Al entrar en contacto con el calor de su propia casa, Julieta notó el frío que hacía en realidad. Por lo tanto, al cabo de un rato estaba

estornudando. Y Amanda, cuando llegó del trabajo, se tomó la libertad como toda madre de reprocharle su condición saludable por haber salido sin abrigo. Pero lo que más alteró sus nervios fue cuando preguntó:

—¿Dónde estuviste toda la tarde?

Por asociación libre, la pregunta remontó en la cabeza de Julieta hacia el bosque, hacia el aroma a otoño, hacia el sonido de una flauta travesa y hacia un chico. No podía decirle que había conocido a uno.

—Paseando por ahí... —respondió—. Como todos estos días.

—Pero estás estornudando, Julieta. Tomaste frío.

—Y, estamos en otoño. Lo más probable es que bajen las temperaturas.

—Agarrá este pañuelo —le tendió uno después de escuchar un décimo estornudo de su hija—. ¿Cómo te lo habrás pescado?

—Es que estuve caminando y no llevé abrigo de más —contestó con desgano. Su madre solía ser demasiado insistente.

—Si mañana estás mejor, ¿qué te parece la idea de volver al colegio? Hace dos semanas que estás faltando. Te vas a quedar libre.

Julieta Fellon bajó la mirada hacia las llamas de la chimenea. No quería volver a La Inmaculada. Esa era la prueba de que su vida había vuelto a la normalidad. Y se sentía anormal. Iba a ser muy raro regresar y no ver a su novio. Era raro, incluso, su ausencia estos días, donde se había creado un vacío. Un vacío que hoy sintió olvidado.

—Las chicas me preguntan por vos en los recreos. Esperan que vuelvas. Te extrañan, y necesitan alguien más a quien contarles sus culebrones románticos —añadió con sarcasmo su madre.

—Y, bueno..., si no hay más remedio..., mañana vuelvo. Pero ni ganas —renegó. Cuando su madre le decía que debía hacer algo, lo hacía. No era libre de decidir nada. Julieta muchas veces se preguntaba cómo en el colegio la querían casi todos los alumnos y cómo ella, a su vez, era tan comprensiva con otras personas menos con su propia hija.

La orden estaba dada. Mañana volvería a la escuela, aunque Julieta no estuviera preparada para enfrentarla.



CAPÍTULO 7



El día comenzaba muy temprano en lo de Julieta Fellon, quien en medio de una montaña de ropa sobre la cama, intentaba encontrar las distintas prendas de su uniforme escolar, como si tratara de armar un rompecabezas complicado. Había vaciado su ropero con velocidad.

«Pollera tableada..., camisa blanca con el escudo..., medias blancas sobre las de lycra, zapatos negros... Pero me falta el suéter», Julieta había olvidado dónde lo había dejado la última vez que se lo quitó. Sacó el sobretodo y la bufanda azul del ropero.

—¡Mamá! ¡No encuentro el suéter del colegio! —gritó desde la puerta de su habitación.

Al cabo de unos momentos, apareció Amanda con la prenda que faltaba en la mano.

—Estaba en el lavadero, lo pusiste ahí hace dos semanas para lavar. Menos mal que está mamá para encontrarlo.

La adolescente se terminó de vestir, no sin antes llevarse el tejido a la nariz para aspirar el aroma del suavizante que su madre usaba, con aroma a bebé. Luego se cepilló su cabello frente al espejo y se colocó un perfume dulce. Descendió las escaleras con los zapatos en las manos que se colocaría antes de salir afuera y la mochila colgando de un hombro.

El viento frío de la calle le dio de lleno en el pálido rostro, aun así comenzó a caminar con medio sobretodo puesto, y el pelo recién peinado voló en mechones sobre la cara.

—¡Abriate bien que hoy hace frío hija y estás resfriada!

En vano, los adolescentes nunca sienten frío y menos si es por una indicación de sus padres.

—¡Atate esos zapatos, Julieta! —terminó de gritarle, antes de que se perdiera de su vista, al ver que llevaba los cordones colgando de su calzado.

Algunas calles más arriba, después de subir una lomada empedrada, se dejaba ver La Inmaculada. Nada había cambiado en su ausencia, a pesar de que parecía que se había ausentado por mucho tiempo. Los muros de ladrillo colorado, viejos, y las rejas de hierro forjado, escondían una escuela que en su antigüedad era para niñas pupilas que venían de la zona rural a estudiar. Las paredes añejas se extendían circundando un patio central, la arquitectura evocaba la de una casa tipo «chorizo» que recordaba a las casas coloniales, además de una capilla pequeña en la esquina norte, el color de las paredes variaba en diferentes tonos de grises dando un aspecto lúgubre y demasiado triste para el ánimo de la joven adolescente.

Pero estaba de vuelta, para intentar retomar una rutina «normal» de estudiante de secundaria. El colegio parecía como una especie de monstruo que se avecinaba sobre ella para engullirla, la hacía sentir diminuta.

Sacudió la cabeza y emprendió la caminata hasta la entrada. El preceptor se encontraba vigilando la entrada de los chicos, al ver a Julieta la saludó con una gran sonrisa propia de su jovialidad como si hiciera un siglo que no la veía, y le dio su pésame por la pérdida de su novio.

Como toda respuesta, Julieta alzó los hombros pero frunció el gesto de su rostro, un nudo empezaba a formarse en su garganta. Se alejó con rapidez para llegar a su salón de clases y se encontró con sus compañeros desparramados por distintos sectores e, incluso, en el pasillo. Todos le dieron la bienvenida, con gestos alegres y tristes. Enseguida buscó su lugar junto a Carolina, pero se detuvo al ver el lugar que ocupaba Sergio, vacío. Un sacudón convulsionó su cuerpo y miles de lágrimas se aproximaron a presionar sus ojos, hasta que dejó que cayeran con una angustia previsible.

Se limpió el rostro varias veces, solo que no servía para nada. Creyó que podría olvidar y comenzar el colegio como si nunca hubiera ocurrido nada, pero se encontró con que todos sus mejores recuerdos pertenecían a ese lugar: La Inmaculada.

Se acercó a una ventana y la recorrió para sacar su cabeza afuera e inhalar aire puro, aunque estuviera congestionada. La vida afuera de las rejas del colegio transcurría con total normalidad, ajena a su tristeza. Donde el tiempo corría y a nadie le importaba lo que le pasaba a Julieta. Carolina se acercó a ella para reconfortarla.

—Creí que lo había superado —murmuró Juli.

—Con el tiempo..., supongo —solo pudo decir su amiga.

El profesor de música entró al aula, y todo el mundo corrió a sentarse en los bancos. Cuando eso ocurrió, fue aún más evidente lo que delató que Sergio no estaba más. Julieta se sorbió la nariz y tomó su lugar.

—¡Ah!, ¡Julieta, bienvenida! —dijo apenas la vio—. ¡Buenos días a todos! —apoyó su portafolio sobre el escritorio y lo abrió rápidamente—. La hora de hoy va a pasar volando, tenemos que dar el periodo barroco musical, así que les traje unos CDS para escuchar y algunas fotocopias para leer.

Muchos chicos se quejaron, a Julieta no le importó. La materia le gustaba un poco, sobre todo cuando no tenían que hacer prácticas con algún instrumento como la flauta dulce y «María tenía un corderito». Pensó en música y se acordó del chico de la Reserva por un instante efímero. Y a la vez, detrás de ella, en aquel asiento vacío, pudo percibir con mucha claridad la presencia de Sergio. Julieta observó cómo sus compañeros no tenían la misma inquietud que ella, que cada dos segundos volvía su mirada atrás esperando verlo sentado de forma desprolija y encontrarse con la desilusión. Incluso, faltaba aquella muletilla que solía acotar para hacer enojar a sus profesores: «¿Y qué si no hago nada?»

Julieta pasó toda la clase entre observar el lugar de su novio y la empañada ventana que traslucía las cumbres nevadas en la distancia y recortaban el cielo de aquella eterna mañana. La voz del profesor se escuchaba muy lejana, como si proviniera de otra dimensión.

La rutina escolar le resultó extraña, la resignación no se hizo presente, el colegio, la vida, Sergio que alteró todo aquello con su muerte, «todo, todo, todo» terminaba ahí. De pronto, el cielo se oscureció y el frío se instaló en su cuerpo, con su corazón palpitando

frenético. Una pesada gota fría se deslizó por su frente y la comisura de un ojo. Cuando Julieta quiso levantar la mano para llamar la atención del docente, no logró hacerlo. Se había desmayado.

□ □ □

—Me parece que no desayunó nada, estaba blanca como un papel.

—Sí, hoy de repente salió a tomar aire de golpe.

—Chicos, a ver, denle espacio que necesita respirar.

Todas las voces se fueron sumando en medio de la nada oscura. Julieta podía escucharlos pero sin emitir sonido alguno. Los oídos le zumbaban como si hubiese comido un enjambre de avispas. Cuando finalmente reaccionó, se encontró en el suelo, tendida con los pies hacia arriba, creyendo que había amanecido en su casa. Desorientada.

—¿Dónde estoy? —preguntó sin entender nada, mientras tiritaba de frío. Alguien le alcanzó su abrigo de paño con el que se cubrió. Se limpió la frente sudada y helada. Era como un cadáver, solo pensarlo le revolvió el estómago. Y al notar su desmejoramiento, quienes estaban a su alrededor se apresuraron a echarle más aire con los cuadernos.

—No te preocupes, Julieta. Ya llamamos a tu mamá, ahora te viene a buscar. Volvó el lunes, no pasa nada. Un par de ausencias más —habló Carlos, el profesor—. No vas a quedarte libre, ¿eh? ¡A ver chicos, si le damos espacio! —la ayudó a ponerse de pie y sentarse en una silla. Cuando eso ocurrió apareció uno de los compañeros en la puerta de entrada a los gritos:

—¡Profe! La del quiosco dice que no tiene sal, que tiene azúcar. ¿Igual? O también me dijo unos caramelos...

—¡Pero la hubieras traído igual, Lucas! Es lo mismo —resopló Carlos, indignado porque su mandadero tuviera poca iniciativa en primeros auxilios. El chico desapareció enseguida a cumplir con el pedido—. Bueno, chicos, es recreo. Pueden ir al patio, no se queden mirando. ¿Cómo te sentís?

—Mejor... —mintió Julieta, sin levantar la cabeza. Se encontró patética delante de todos sus compañeros.

Lo peor de todo era que imaginó a su madre reservándole una cita para la psicóloga del pueblo porque no podía superar algo que quizá para los demás no era tan grave. Tenía intenciones de volver al colegio, pero no estaba lista. Deseaba una vida como la que tenía antes, no esa con la que tenía que lidiar ahora. Las miradas de pena parecían envolverla y precipitaron sus inconsolables ganas de llorar, como una burbuja gigante que se inflaba amenazadoramente. Hasta que estalló.

—¿¡Por qué se fue!?! —gritó en medio del silencio de todos los que allí estaban—. Es tan doloroso, que no... No lo soporto. Por más que lo intento, él todavía está acá y puedo sentirlo... No estoy loca. Yo lo siento como si nunca se hubiera muerto —se limpió la nariz congestionada con la manga del suéter—, pero no puedo aguantar más este dolor en el pecho. Me saca las ganas de respirar... De comer... De vivir —unos espasmos brotaron y Fernando, el chico más lindo de su curso, se acercó a tenderle su propio pañuelo con una mirada triste.

La campana del recreo ya había vuelto a sonar cuando apareció Lucas con varios sobres de azúcar que le alcanzó a Julieta para que se echara debajo de la lengua, ya que dicen que de esa forma se levanta la presión cuando una persona se descompensa. Lo que Julieta necesitaba el azúcar no podía arreglarlo. Caro juntó sus útiles en la mochila y la acompañó a Dirección. Allí esperarían a que la madre de Julieta viniera por ella.

Su regreso a la escuela había sido tan melodramático que podían hacer una telenovela con su angustia. Horroroso y deprimente.

Su día terminó en la cama, y entonces allí, envuelta entre el calor de las mantas, se permitió pensar en la Reserva, un lugar en el que se sintió bien después de todo, y un lugar en el que creyó que estaba la clave para olvidar la tristeza que le recordaba a su novio.





CAPÍTULO 8



Llevada por la adrenalina de la última vez, Julieta se encaminó a la Reserva el sábado por la tarde. Tenía el presentimiento de que allí encontraría otra vez a Ariel con su flauta traversa. Estaba animada y, por demás, intrigada. Lo que más le emocionó era esa sensación de tener un objetivo: escuchar su música. Aquello era lo más interesante que le había ocurrido en mucho tiempo, y no pensaba desperdiciar esas oportunidades de entrar al bosque, aunque no abriese para visitas por causas que ignoraba.

Eludió la guardia del vigilante por debajo del alambrado al pasar rápidamente y en esta ocasión lo había conseguido mucho más fácil que la primera vez. De a poco, se fue internando dentro de la Reserva. Sorteó varios caminitos y bancos de hierro que estaban dispuestos para el descanso del turista.

Al cabo de algunas vueltas comenzó a escuchar su música en algún lugar cercano, irrumpiendo con la paz del bosque.

Él estaba sentado al pie de un árbol, totalmente desabrigado en comparación con ella, que todavía podía sentir los estragos del resfrío. Llevaba una camisa blanca arremangada y unos gastados jeans negros con roturas y zapatillas de lona negra. La vio acercarse pero la ignoró, continuando lo que hacía, practicar escalas y mezclarlas con pedazos de canciones. Cuando pareció cansarse le dedicó una mirada fría, analizándola como a un espécimen de laboratorio. Julieta le correspondió con inquietud, mientras intentaba descifrarlo.

Parecía tener rabia contenida. Sus ojos tenían una expresión dura, como una pared que bloqueaba el interior de su alma.

—¿Otra vez acá? —refunfuó Ariel.

—Sí, estoy otra vez acá. ¿Por qué me mirás así?, ¿qué tengo?

El joven alzó sus hombros para reír con diversión un segundo después.

—¡Buenas tardes! —saludó él.

—Disculpame, buenas tardes —se sonrojó—. ¡Ey!, ¿por qué me saludás solo cuando a vos te dan ganas?

Ariel repitió su gesto indiferente.

—¿Qué hacés hoy por estos lares?

—Te hice una pregunta primero. Es de mala educación no contestar —objetó Julieta. ¿Siempre sería así de peleador? Esa forma de reaccionar la animaba un poco, curiosamente se sentía viva. Y lejos de hacerla enojarse, le agradaba, muy en el fondo de su alma.

—No me preguntaste nada. Solo me encaraste de manera agresiva —respondió.

—¿Qué dijiste? Nada que ver. Solo vine a dibujar. Yo también puedo hacer arte. ¿Y vos?

—Tenés ojos para mirar, creo que no hace falta mi respuesta.

—Sí, veo lo ocupado que estás —contestó, fijando su mirada en la flauta plateada.

—Por lo menos no necesito de una excusa para entrar en la Reserva ilegalmente —retrucó.

—¡Ay, Dios...! —tomó aire con exasperación—, fue mala idea venir —se dijo.

—«¿Ay, Dios?» —se burló Ariel, imitando su tono de voz con una sonrisa—. ¿Por qué decís eso? Sos una chica muy impaciente, ¿sabías? Y este lugar no inspira inquietud. ¿No te parece?

—Con gente como vos es difícil —le dijo Julieta contenta de poder contrariarlo.

—Y cómo podés saber cómo soy, si ni siquiera me conocés.

—Bueno..., quién sabe... —se desilusionó con su respuesta. No tenía tampoco interés en hacerlo, ¿o sí?

—Ah... tenés ganas de conocerme mejor... —dejó arrastrar las palabras con una sonrisa irónica—. Lástima que no muestre el mismo interés que vos. Yo acá vengo porque quiero estar solo —reconoció Ariel.

—¿Es que me estás echando? —dijo, con una inesperada angustia.

—Y no deberías estar acá, en realidad. Ya lo sabés. Dudo que esta vez hayas pagado la entrada —puso sus ojos en blanco sin observarla, y a Julieta le pareció tan engreído.

—Entonces, me voy.

—¡Qué cobarde!

—¡No soy cobarde! —exclamó ofendida.

—Demostralo.

—¿Y qué querés que haga?

—Quedate —desafió cuando le clavó sus ojos grises.

Nadie trataba de cobarde a Julieta. Quizá antes, cuando se escudaba tras Carolina. Pero los tiempos cambiaron y ella era capaz de defenderse sola. Ella podía enfrentarse al mundo si lo deseara y enfrentarlo a él con esa actitud arrogante.

—Por supuesto que me quedo. No necesito que me lo ordenes vos.

—¿Qué apostamos iglú? —preguntó con malicia al ver cómo se enfadaba cada vez más la adolescente.

—¿Có... Cómo me dijiste?

—Iglú. Sabés lo que es, ¿no?

—¡Por supuesto! —respondió, aunque no tenía ni idea.

Tendría que consultarlo en Wikipedia.

Julieta tomó asiento a su lado, aunque podría haber ido a otra parte a dibujar, pero la verdad es que de casualidad tenía el volante de una rotisería y un lápiz sin punta guardado en el bolsillo de su abrigada campera quién sabe por qué misterio de la vida. Por su parte, Ariel se dedicó a repasar con un paño su flauta y luego se la colocó con suavidad sobre sus labios. Ubicó los dedos con soltura sobre la zapatilla y se lanzó a interpretar algo tranquilo y bello. Se concentró en lo suyo, para disgusto de Julieta, que intentó dibujar algo con su torpe lapicito. Luego de un rato, cuando se dio cuenta de que no podría hacer nada, porque no tenía un soporte sobre el que apoyar la hoja; entonces, se dedicó a contemplarlo de forma inconsciente, cuando la música comenzó a hacerla viajar.

Sus ojos marrones recorrieron sus manos y sus dedos, y Julieta los encontró grandes y delicados a la vez, mientras se movían sobre las tapitas de la flauta con una ligereza asombrosa. Sus mejillas se arrebolaban cada vez que soplabla con presión para que el sonido escapara como el canto de un ruiseñor. Sus pestañas se mezclaban unas con otras ya que la mayor parte del tiempo, sus ojos permanecían cerrados. Entre ellos, el sutil entrecejo fruncido resaltaba la profundidad de su concentración y, tal vez, de su inspiración. Nada de lo que interpretaba le sonaba conocido a Julieta, aunque escucharlo era como subirse a una nube en el cielo, en paz.

De repente, el aire se puso muy frío, y corrió paseándose entre los árboles, porque venía de las montañas que tenían los picos blancos, como un presagio de invierno.

Cuando Ariel terminó una serie de melodías, levantó la cabeza y se quedó inmóvil un momento.

—Hace demasiado frío. Va a ser mejor que te vuelvas a tu casa —comentó.

Estupefacta, Julieta se quedó contemplándolo. ¿Cómo sabía que estaba delicada? Tal fuera por el excesivo abrigo que su madre le había obligado a ponerse para poder salir tranquila.

—Además, el cuidador está dando vueltas por acá —agregó con voz más amable.

—¿Y a vos por qué nadie te dice nada?

Ariel sonrió en silencio, con actitud enigmática.

—Porque es propiedad de mi familia, Lestelle Piacenzi.

Era un apellido conocido en el pueblo, lo escuchó muchas veces, pero no sabía dónde. Eso le daba todas las razones para actuar en la forma que lo hacía, con esa prepotencia indiferente y pocas palabras.

—¿Lestelle Piacenzi? —preguntó intentando recordarlo—. ¿Es italiano?

—Sí.

—¿Tus padres son italianos?

—Digamos que sí —contestó con media voz, no tenía ganas de responder.

«¿Digamos que sí? ¿Pero qué oculta este chico, serán italianos truchos?», pensó Julieta con curiosidad.

—Ahora me intrigás más que antes, Ariel.

Él solamente se sonrió, sin mirarla.

—¡Guao!, ¡soy todo un misterio en Carillanca! —dijo con sarcasmo—. Pero no pienses que voy a ser tu diversión personal.

—Eso lo vamos a ver.

—No voy a dejar que te metas en mi vida.

—¿No? Pero si ya sé algo, sos el dueño de la Reserva.

—Con eso no hacés demasiado. Aún te falta mucho.

—Te voy a ganar por cansancio —sonrió Julieta entusiasmada.

—No quiero ser más grosero todavía, pero el guardaparque está muy cerca de acá... —canturreó poniéndose de pie.

—No vas a responderme ninguna pregunta, ¿no?

Ariel hizo silencio.

—Ya veo —se respondió a sí misma, y contuvo el aliento.

Comenzó a alejarse con la intención de irse así sin despedirse, para marcarle su carácter, pero se giró luego de dos pasos.

—¡No pensés que le tengo miedo al guardaparque! Soy muy valiente, y no le tengo miedo a nada ni a nadie. Si quiero, voy ahora y le digo que me metí sin permiso, aunque sea tuyo o de tu familia. Yo puedo hacer lo que se me cante. Chau.

Hasta le hubiera mostrado el dedo del medio, aunque evitó hacerlo. Se consideraba autosuficiente y madura, no una niña de la que todos estaban pendientes desde que murió su novio. Se marchó a regañadientes. Mucho más enojada consigo misma que con ese joven.

Confuso, Ariel la observó desaparecer entre los árboles. Su gesto de contrariedad revelaba que no entendió el porqué le había dicho aquello.





CAPÍTULO 9



Julieta se apresuró para marchar del bosque, y arrojó el papel hecho un bollo y el lápiz a un costado, olvidando que debía ser cuidadosa con el medio ambiente, sobre todo, en un lugar preservado.

Claro que no sentía deseos de marcharse, la intriga por conocer un poco más aquella incógnita que le despertaba Ariel había cobrado una fuerza con la que no era capaz de lidiar de manera consciente, le provocaba rabia. Giró para observar atrás, pero no había ni rastro del chico entre los árboles, solo el aire frío del sur y las sombras que descendían como un manto apacible. Con la conciencia pesada, regresó a buscar el papelito que había tirado y se lo guardó en un bolsillo del pantalón.

«Ahora quizá piense que soy una histérica. ¿Qué me importa qué piense de mí? Yo hago la mía», se alentó.

—¡Señorita! ¿Qué hace? ¿No sabe que no puede pasar sin una autorización? Hoy la Reserva está cerrada —gritó una voz, interrumpiendo sus pensamientos. Ariel tenía razón, el guardaparque estaba cerca y era quien la había visto pasar por el alambrado.

Se acercó a Julieta más preocupado que enojado, tal vez porque temiera perder el trabajo por su culpa, una chica se le había escabullido y la descubrió solo cuando intentaba salir del lugar.

—No sabía que no se podía pasar —mintió, con vacilación. Tenía que evitar que de alguna manera se pudiera filtrar su delito a Carillanca, sobre todo, a sus padres. La gente del pueblo tenía la costumbre de agrandar los comentarios y transformar una inocente travesura en delincuencia juvenil. La capacidad para inventar historias gigantes de pequeños sucesos insignificantes.

—Por favor, no nos compliquéis a los dos —pidió el hombre, tuteándola al ver que era una adolescente—. Haceme el favor de no volver por acá o voy a tener que denunciarte con la policía por invasión de propiedad privada. Esos alambres que cruzaste a veces tienen electricidad. Así que, tené cuidado. Tuviste suerte esta vez, pero podrías acarrear una desgracia.

«Sí, otra desgracia, como si no tuviera que lidiar con una», pensó. Se sintió ofendida, hasta el cuidador la trató de malhechora.

Julieta puso su mejor cara de inocente, aunque no sirvió de mucho, porque no estaban retándola, sino advirtiéndole. Se des hizo en disculpas y marchó a casa. Se había hecho bastante tarde y anochecía rápidamente. Se levantó el cierre de la campera cuando la bruma del atardecer comenzaba a helar y humedecer las calles de Carillanca. A medida que avanzaba por el centro del pueblo, el humo de las chimeneas encendidas le trajo a la memoria los deliciosos bollitos que hacía su madre en una vieja cocina a leña. Eran mágicos, tenían el poder de hacerla sentir mejor, y solía cocinarlos en días fríos como ese.

La casa de Julieta estaba ubicada en un barrio muy tranquilo, donde la calle era ancha y no pasaban más de cuatro autos por día, incluido el de su padre. En un lugar tan pequeño y con el terreno tan escarpado, la gente se manejaba a pie o quizá en bicicleta de montaña. Lo que resultaba en toda una aventura.

En general, las casas eran cabañas de dos pisos, revestidas de madera y se ubicaban un poco dispersas sobre diferentes niveles de altura. Algunas más altas que otras. Cercadas por pinos y alerces y algunas flores andinas. Y todas tenían de paisaje los orgullosos e imponentes picos de los Andes, en eterna espera de la llegada del invierno.

Después de abrir la puerta con impaciencia, Julieta descubrió que su madre no había cocinado nada. Ni siquiera un triste paquete de galletitas había para merendar. Aunque sí estaba encendida la chimenea, que crepitaba de forma danzarina.

Se acercó con desesperación al fuego y extendió sus manos heladas para que el calor penetrase por su piel y llegara hasta el corazón, que era la parte de su cuerpo que más frío sentía en ese momento. No podía dejar de temblar con todo lo ocurrido. Sus ojos se vetearon de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó su madre, al acercarse.

—No me preguntes eso, por favor, dejame sola.

—Soy tu madre, y te estoy viendo. ¿Qué te pasó?

Su hija reaccionó de forma violenta, sorprendiendo a su mamá.

—Yo quería comer panecitos con membrillo —dijo—. Quería llegar a casa y que los hubieras cocinado para mí. Teniendo en cuenta que es lo único que sabés hacer —el tono de su voz se fue elevando a medida que hablaba—. ¡Me hacen bien y me ponen contenta! ¿Y me preguntás cómo estoy? ¡Mirame, mamá! ¡Soy decadente y patética, soy una viuda negra a la que se le murió el novio! Nunca más me voy a poder enamorar de nadie, nunca más se van a fijar en mí, porque cargo con esta asquerosa sensación de tragedia constante. ¡Soy un asco! ¿Por qué no me hiciste pancitos de membrillo? —lloró.

Dejó a su madre aturdida y Julieta corrió por las escaleras. Luego se escuchó un portazo que indicó que se había encerrado a despotricar con pena contra su vida.

Echada en su cama, Julieta intentaba explicarse qué estaba mal con ella. Por qué no podía remediar ese malestar físico y del alma que la acosaba tanto y le sacaban las ganas de vivir. Decidió llamar a su amiga, necesitaba desahogarse con alguien. Bajó las escaleras rápidamente y se escabulló en el escritorio de su padre, donde estaba el inalámbrico. Marcó el número de Caro y al cabo de tres tonos, la voz de una mujer correspondió a su insistencia.

—Hola, necesito hablar con Carolina.

—¿Caro? No está en este momento, ¿quién habla?

—Julieta —respondió con desgano.

—¡Ah, hola Julieta! —el tono de voz de la madre de su amiga cambió por uno más amable—. Me parece que salió con Fernando... O el otro, Juancito.

—Juanito, tal vez.

—¡Sí, con ese! Con el que es peticito. Viste como es Caro, no puede estar mucho en casa, se la pasa en la calle.

Julieta suspiró, frustrada.

—Entonces, ¿a qué hora la encuentro?

—Quizá en una hora... O dos... Bueno, no lo sé exactamente..., ella no avisa nunca a dónde es que se va.

—Okey, no importa, era solo para hablar un rato —otra vez se le anudó la garganta.

—Deberías hacer lo mismo, Julieta. Tener más diversión —le aconsejó la mujer con un tono de voz tan lejano y alegre que no tenía nada que ver con sus sentimientos.

—Gracias..., lo voy a tener en cuenta.

—Otro novio no te vendría mal, tampoco —agregó la mujer. Al escuchar esto, Julieta se quedó atónita y horrorizada—. Sos jovencita, seguro que hay miles de chicos haciendo cola por vos. Más ahora, que estás soltera de nuevo.

—Tengo que colgar, lo siento —se apresuró a contestar con un hilo de voz, el pecho estaba por estallarle en cualquier momento.

—Está bien, le aviso a Caro que la llamaste. ¿Dale? Pero pensá lo que te digo, Julieta. Siempre hay que abrirse a nuevas posibilidades. Hay que divertirse, para eso se es adolescente solo una vez.

—Adiós —respondió y apretó desesperada el botón para colgar. La mamá de Carolina era así, pero en aquel momento no tenía ganas de oír sus desvaríos. Luego se refugió en su cuarto, peor de ánimo que antes.

Enojada, arrojó un oso de peluche de la cama hacia un estante, con la suerte de tirar al piso casi todo lo que contenía encima. Comenzó a gritar y patear objetos llena de furia, podía destrozar su habitación. Todo acabó cuando pateó una mesita que tenía varios portarretratos, y todos cayeron al piso, destrozándose. La foto con su hermana, la que estaba con sus padres de pequeña, una foto con Carolina sentadas en las afueras de la casa y una fotografía con Sergio cuando en un recreo en que su amiga los agarró casi *in fraganti*. En esa imagen los dos se veían despeinados y alegres, sonriendo para el recuerdo.

«No puedo seguir así, me estoy volviendo loca», se dijo entre sollozos, limpiándose la cara con un pañuelo, hasta que su piel enrojeció con el roce.

Más que locura, aquellos parecían momentos de histeria que querían llamar la atención. Deseaba sentirse mimada por todos. Pero nadie estaba allí para ella, porque cada quien seguía con su propia vida.

Necesitaba que estuvieran sobre ella aunque rehuía cuando se acercaban. Era solo la necesidad de saber que estaban cerca y ahí. Sumando todos los detalles, entre desmayos, falta de apetito y el tratar de olvidar a Sergio, cayó en la cuenta de que se sentía muy sola sin él. Hacer berrinche era una herramienta, para que la soledad no se percibiese tanto. Contradictorio y, a la vez, necesario.

Pero la verdad era que no se aguantaba a sí misma.

Entonces, habría de cambiar. Por fuera primero, pero a largo plazo esperaba un cambio por dentro. Y para siempre.

Se paró frente al espejo y se contempló largo rato, analizándose.

—Empezando por el peinado —se dijo.







CAPÍTULO 10



Ariel corroboró la hora en su reloj momentos después de que Julieta se hubiese marchado y calculó el tiempo. Hacía frío pero estaba más que acostumbrado a él y siempre había sido un chico saludable. «Todo es mejor que estar en casa», pensó. Sacó cuentas mentalmente y planeó alguna excusa convincente con la cual disculparse. Todas las tardes inventaba algo. Solo que el tiempo pasaba y las ocurrencias también. La tarde ya oscurecía el bosque de forma paulatina y constante y, de mala gana, emprendió camino entre los árboles. Bajo sus pies, el suelo crujía con humedad y se volvía irregular. De vez en cuando pateaba algunas hojas secas, que bullían con escándalo entre los sonidos casi nocturnos del bosque. A pesar de la penumbra, Ariel era capaz de ver en la oscuridad. Él conocía casi de memoria el recorrido hasta su casa e, incluso, más allá del bosque. Muchos ruidos eran familiares. Y algunas veces, sin embargo, otros le estremecían la piel causándole escalofríos, porque además de oírlos, también tenía el presentimiento de que lo observaban de lejos. Por suerte, hacía varios días que eso no ocurría. Siempre pensó que era algún animal salvaje que deambulaba por la reserva con libertad, aunque los habitantes del pueblo hubieran jurado que eran los espíritus o los duendes, y se negaba a creer en ello. O quizá era esa chica. Apareció así, de la nada y se instaló a su lado con una expresión ausente y su aspecto delicado. Parecía enferma. Tal vez triste. Y buscaba su música. Desde que ella emergió tan de repente, aquella extraña sensación que lo perseguía había desaparecido.

Al cabo de un rato, se abrió ante sus ojos la fachada inmensa de una casa de campo. Las luces ya habían sido encendidas y le daban cierto aspecto lúgubre, a pesar de ello, la arquitectura añeja lo fascinaba.

Ariel recorrió el lugar tanto con admiración como con despecho y sus ojos se fijaron en una mujer mayor que lo observaba desde lo alto de una ventana, como un espectro. Ella le hizo una seña con su mano, instándole a que se apure. Se le veía enojada, pero él no se inmutó y le respondió «ya voy» también en un lenguaje gestual, antes de abrir la tranquera de la entrada. Era increíble, cada vez que rondaba cerca de su hogar, su humor cambiaba de forma drástica. Y se transformó por completo apenas empujó la pesada puerta de roble.

Para llegar hasta su habitación era fácil, solo tenía que caminar directo a la escalera sin detenerse y subir. Al costado se abría una arcada a una biblioteca, pero a toda costa solía evitar ese lugar. Como si estuviera a punto de correr una carrera, resopló antes de tomar velocidad y empezó a caminar con rapidez. Pero como casi siempre, una voz lo detuvo antes de que llegara al primer peldaño.

—¿Dónde estabas *oggi*? —preguntó desde el interior de la biblioteca.

Ariel observó de soslayo el lugar. La chimenea crepitaba y podía oírlo pero no verla, ya que se interponía un alto sillón amarronado de suave terciopelo. Antes de contestar, tuvo que recuperar su aliento, porque esa voz lo paralizaba y enervaba sus nervios.

—Buenas tardes, papá.

—¿Dónde estabas? —repitió.

—Por ahí —dijo.

—¿Qué vas a inventar esta vez, *figlio*? —su mano era la única parte que Ariel podía contemplar desde donde estaba, que se movía pausadamente sobre el brazo del sillón. A su lado, sobre una mesita, había un cenicero y un habano cubano. A su padre le gustaba fumar con calidad. El olor llegó hasta su nariz y la arrugó con asco.

—Ya que sabes, ¿para qué te voy a mentir? Te das una idea de lo que hago todas las tardes —se burló—. Me voy a mi cuarto.

—¡Espera! —habló más fuerte el hombre, su voz era cerrada y un tanto cavernosa, quizá por causa del cigarro. El estrépito de su tono detuvo a su hijo en su lugar—. Pronto es misa de *tua* madre.

—Lo sé. ¿Y?

—¿Y?! —cuestionó indignado—. Te lo recuerdo, porque, últimamente, parece que todo te lo olvidás.

Ariel se rio con sorna. Se mostró irritado. ¿Cómo le decía algo así su propio padre?

—No me olvidé eso, papá. Jamás olvidaría a *papai*. —Apretó su puño con fuerza, en pos de no salirse de sus cabales—. Yo no soy como vos —murmuró entre dientes—, que sí te olvidaste de ella hace mucho tiempo.

—No me hables así, porque no sabés cómo son las cosas, *figlio* —contestó el hombre y, por un momento, Ariel pensó que su comentario lo había herido. Pero su padre muchas veces lo había herido a él. Por tanto, no cedió.

—¿Acaso preferís que te hable en tu idioma? ¿Igual que vos? ¿Así nos parecemos un poquito más? —escupió con ironía—. No voy a desmerecer a mi propia madre, jamás. Solo porque ella ya no está en esta casa. Perdón..., *a la mia mamma*. Y te repito, Alessandro, que yo no olvido las cosas.

—Olvidas ir a la escuela.

—Eso es distinto. Yo no quiero ir a la escuela.

—¿Y cómo pensás educarte?

—Ni siquiera me interesa terminarla.

—No te estoy pagando una cuota para nada. Te quedarás libre entonces. No pienso gastar mi dinero en un tutor. Vagos en mi casa no quiero. No hay muchas opciones para un *hippie* como vos. ¡O trabajas o estudias!

—Iría al colegio solo si me dejaras hacer lo que quiero.

—¡Quiero que estudies! —exclamó con alteración—. La música desterrála de una vez y para siempre. Eso no es un trabajo, tampoco vida. El mundo no se maneja con música, sino con dinero y con estudios. ¿Lo entendiste? —gritó poniéndose de pie e intimidando a su hijo.

—Todavía no entendés que toda mi vida pasa por la música. Es lo que quiero hacer siempre. Y voy a hacerlo. Es una cuestión de identidad.

—Ah, bueno —se escarneció su propio padre elevando su tono italiano—. Me parece que no nos estamos entendiendo. *Io* creo que hacés exactamente lo que querés. Lo único que yo te pido, es que vayas a la maldita *scuola*. Y completes el secundario.

—Sabés exactamente —enfaticó el muchacho, ardidado en rabia— a lo que me refiero.

Con aquello dio por finalizada la discusión. Se tensó por completo, furioso, mientras desafiaba toda la imponencia que su padre encarnaba. Era alto y fuerte, seguro de sí mismo casi tanto como lo era Ariel. La diferencia era que Alessandro era el adulto y el padre, y Ariel el menor. Sus miradas se enfrentaron por unos segundos, y finalmente su hijo cedió, desviando la suya hasta las anaranjadas llamas de la chimenea. Apretó con fuerza la manija del estuche de su flauta travesa y desapareció repentinamente, saltando los escalones hasta su habitación de dos en dos.

Cerró con un portazo, cargado de enojo.

Estaba exaltado.

Cada día que pasaba era exactamente un calco del anterior. Todos los días la misma discusión. Cada atardecer al pasar por aquella puerta. Solo él sabía por qué se escapaba de esas paredes frías, que lo repelían mucho más que lo que le atraía su arquitectura. El aire que respiraba era de continua tensión, insoportable.

Volver a Carillanca era lo peor que le había pasado ese año. Y no era solamente su casa lo que odiaba, sino las calles, las personas, el murmullo traidor, siempre presente. Su vida allí apeataba. Por eso, el único lugar donde se sentía relativamente a gusto era la Reserva. Aunque en la reserva no podía sentirse libre del todo. Era de su padre, y con el tiempo, sería suya. Él no quería nada de allí. Todo lo que anhelaba, en ese momento de su vida, era regresar a Bariloche. Si no hubiera sido porque lo trajeron en contra de su voluntad, todavía estaría allá, asistiendo al conservatorio y preparándose para ser un profesional.

Pero Alessandro había matado sus ilusiones, arrastrándolo con él a Carillanca como si fuera un nene caprichoso que solo causaba problemas.

Tenía que conseguir librarse de toda la situación para regresar a su vida, libre sin ataduras, excepto las que él mismo se imponía. Ya había experimentado la libertad sin límites, y que quisieran implantárselos ahora, no tenía sentido para él. Sus objetivos no tenían nada que ver con quedarse allí estancado, donde la gente no progresa y vive del chusmerío.

Se acercó al estante donde estaba el equipo de música y le dio play al CD de Chopin que había puesto hacía un par de días. La música se expandió con suavidad dentro de la habitación y relajó un poco sus músculos cargados de adrenalina.

Su padre no comprendía sus sueños. Decidió que no debía importarle aquello, porque lucharía por cumplirlos aunque dejaran de hablarse. Lucharía porque su música fuera escuchada. Así, como la única espectadora que lo admiraba en el silencio de aquellas tardes en el bosque y de quien no sabía nada.





CAPÍTULO 11

Carolina fumaba un cigarrillo en su habitación con la ventana abierta. Sus padres no sabían que lo hacía, y si lo sabían, se hacían los desentendidos. En su equipo de música sonaban Los Redondos de Ricota a todo volumen. Entre pitada y pitada de su voz escapaba algún «cambió la suerte en el puticlub» de la canción. Por la calle no pasaba nadie, era la hora de la siesta. Y, además, vivía en las afueras del pueblo. Se asomó para arrojar el filtro cuando llegó una vieja camioneta y se estacionó enfrente de su casa. El conductor hizo sonar la bocina y apagó el ruidoso motor. Entonces, la joven salió de su habitación descalza y en short, a pesar de que no hacía calor, y corrió por los pasillos de su casa, y sus dos perros salieron tras ella ladrando con euforia.

Abrió la puerta enrejada de la entrada y casi le saltó a Fernando como una garrapata que ya estaba fuera del vehículo, prendiéndose de su cuello y comiéndolo a besos sin que le importara ni un poco quien la veía. De hecho, del lado del acompañante de la camioneta, salió un chico de baja estatura, muy lindo y risueño y todo despeinado, apenas se le veían los ojos.

—Ejem... —carraspeó Juanito—. Menos mal que ustedes no son novios.

Los dos se separaron y se rieron del comentario de su compañero. Carolina le dio un beso en la mejilla con simpatía.

—¿Y Julieta no vino? —preguntó el chico.

—No, no tiene ganas de salir de la casa todavía... —dijo Caro alzando los hombros, como si no pudiese hacer algo más por ella.

—Antes no la dejaba el novio, y ahora no tiene ganas —comentó Fernando, el chico al que Caro había besado.

—Ponete en su lugar, tarado. No la debe estar pasando lindo. Che Caro, paso a preparar el mate, con permiso.

—Andá, Juanito —aceptó la muchacha—. ¿Todo bien, Fer? ¿Venís con noticias del viaje de egresados? Yo quiero ir a Brasil. Bariloche es demasiado cerca y ya conocemos, mejor la playa que las montañas, mientras más lejos, más desbande.

—Yo te voy a dar joda —la amenazó con gracia.

—Esa semana vamos a estar separados, nene. Acordate que tenemos un pacto.

—Ya sé, chabona —suspiró Fernando—. Que tenemos el «Tratado de Derechos Inviolables». Es un pacto sin sentido.

Si los vamos a violar de todas maneras.

Carolina largó la risa y Fernando comenzó a hacerle cosquillas en la panza en medio de la vereda. Él era algo así como su novio, aunque no formalmente. Fernando era un chico por el que todas las chicas del pueblo se peleaban, pero tenía fama de mujeriego, de vez en cuando cambiaba de novia, y en determinado momento siempre regresaba con Caro. Otras veces mientras estaba con ella, tenía además varias novias a la vez. Todas, o casi todas las adolescentes de la zona, lo consideraban el más lindo, porque parecía un chico de 20 años, no de 16. Era alto y musculoso, moldeado con el trabajo del campo y su cara siempre lucía preciosa con una barbilla de días que lo hacía ver masculino. Fernando solía sacar ventaja de su posición, y a Caro no le molestaba, ella también hacía lo suyo, tenía fama de lo que se llama despectivamente una «rapidita».

—Este es el anteúltimo año de colegio. No podemos dejarnos estar con el viaje, ni el baile. Son cosas que se organizan con tiempo —meditó Caro, ansiosa de que llegue el último año escolar.

—Va a ser un año medio fiero. Sin Sergio. Y con Fellon toda triste. No le veo mucho sentido organizar alta fiesta.

—Con más razón, che. Hay que organizar algo súper alegre para que se ponga contenta. Y podríamos hacerle un homenaje a Sergio también —se le ocurrió, y Fernando sopesó la idea en su cabeza.

Cuando el agua estuvo lista, Juanito regresó a la vereda con el equipo de mate. Y se sentaron con la espalda apoyada en el muro del paredón mientras seguían planeando qué hacer.

—La verdad que no sé que se le pasó por la cabeza al flaco para tirarse bajo las vías, si parecía estar rebien —dijo Juanito al entrar en la conversación.

—Nadie sabe. Parecía un pibe renormal. Quizá se peleó con la madre —sugirió Fernando.

—No, para mí siempre fue rarito —sostuvo Carolina, mientras tomaba su mate.

—¿En qué sentido!? —preguntaron los dos chicos exaltados.

—No... —dijo Caro estirando las O—. No se preocupen, no en el sentido de si era gay —se rio cuando les vio las expresiones asustadas—. Digo en el sentido de que escondía algo.

—¿Y Fellon nunca le vio nada raro?

—Julieta estaba enamorada, ¿qué le iba a ver?

—Qué sé yo, algo que no iba —pensó Juanito.

—¿Cómo está Fellon? —se preocupó Fernando.

—¡Eh...! —lo cargoseó Juanito—. Que estás con tu chica..., ¿le querés dar a Julieta? Sé menos obvio. No ves que además está de luto.

—¡No, pedazo de boludo! —le gritó medio en broma pero en serio.

—¡Ey, chicos!, posta, no se zarpen —los retó Caro—. Está pasando un momento de mierda. No da para hacer chistes.

—Perdón, pero bueno, ya pasó algo de tiempo...

—Ya debería ponerse bien —comentó Juan.

—Hace un mes que no viene al colegio.

—¡Tampoco tanto! —la defendió su amiga.

—Pero che... ¿Tan mal está? Lo que mejor que podría hacer es buscarse un novio nuevo.

Caro sacó del bolsillo del short el atado arrugado de cigarrillos y se encendió uno.

—Era raro. Era celoso. Era posesivo y eso que a Julieta la recontrolaban los padres. ¿Pero cuántas veces fuimos a la plaza y ellos dos se cortaban solos? —recordó.

—Capaz que vos lo ves así, que sos mina —cuestionó Fernando, rascándose la barbita—. Yo los vi siempre como unos novios de lo más normales. Y convengamos que Fellon con vos, nada que ver. Ella era una novia de esas que se cuidan para toda la vida.

Caro se rio con sarcasmo y lo observó, comparándose a sí misma con ella, y la forma en la que él la comparaba.

—Ya sabés cómo soy yo, si no te gusta Flores... —dijo, aunque con un tono gracioso.

—Sí, boba. Pero Fellon es una chica buena, no era para ese pibe.

—Lo que yo sé —agregó la muchacha—, es que Julieta se la pasa mal. Lloro encerrada en la habitación, no come, adelgaza y se está poniendo fea. No está bien que siga así. Se va a poner anoréxica. Y lo peor, es que no sé cómo ayudarla. Nunca falleció alguien que fuera demasiado cercano a mí.

—No, a mí tampoco —corearon sus amigos con un suspiro.

—No sabría cómo reaccionaría si le pasara algo al amor de mi vida —pensó en voz alta Fernando.

Caro le dio un codazo de complicidad, y lo bajó a la realidad nuevamente.

—¡Calláte! Vos no tenés amor de la vida. Esa no voy a ser yo, acordate lo que te digo —después de reprocharle le dio un beso—. Nuestro pacto se termina cuando egresemos del colegio.

—Son insoportables ustedes dos —concluyó Juanito—. Mejor volvamos donde estábamos: ¿viaje y baile? Va a ser alta joda. Voy a comer minitas como loco.

—Llevate un cajón de preservativos en el bolso —se rio Fernando—. ¡No vas a dejar títeres con cabeza!

—¡¿Yo!? Por favor Fernando «Mujeriego» Flores, no me gustaría robarte el primer puesto de mujeriego de Carillanca.

Fernando le dedicó una mirada asesina, de esas que le indicaban a Juanito que había dicho algo que no debía. Pero a Caro le importó muy poco.

—Chicos, ya sé cómo son las cosas. Bah, Fer ya sabe cómo son las cosas. Mientras los dos estemos de acuerdo no pasa nada, ¿no?

Fernando asintió, aunque en el fondo, la idea de que ella pudiera hacer lo mismo que él y sin que se sintiera mal le molestaba un poco.

—Ya me conocen —dijo Carolina alzando los hombros—. Si veo algo que me gusta, lo acoso hasta que me dé bola.

Dicho esto, se impulsó hacia arriba con un saltito y gritó que traería unas galletitas para acompañar el mate, mientras Fer y Juan se observaron un poco pensativos.





CAPÍTULO 12

—¡Guao Juli! ¿Qué te hiciste en el pelo? ¡Te queda divino! —chilló Caro tomando una hebra entre sus dedos.

Julieta Fellon sonrió en silencio y se lo acomodó con un tímido gesto. Varios días después de su última clase, había decidido por voluntad propia, regresar a La Inmaculada. Se había cortado y planchado el pelo y llevaba unas trencitas cocidas al costado de la cabeza que caían sueltas con el resto. Quizá el peinado, quizá su esbozo, pero se la veía mejor. Todos se alegraron por ella.

—Vida nueva, espero —les dijo.

—¿Viniste caminando sola? —le preguntó uno de los chicos.

—No, me trajo mamá, hoy da clases acá —contestó con modestia. Vio las expresiones de la mayoría y agregó—: No se preocupen por mí. Yo misma decidí regresar. Esta vez no va a ser como el otro día, prometo ser lo más fuerte posible.

Tomó asiento en su lugar y se observó en el empañado cristal de la ventana. Así se gustaba bastante, al menos, no parecía pedir compasión por parte de los compañeros. Sin evitarlo, echó una ojeada al pupitre vacío de Sergio cuando entró la profesora y todos se ubicaron en sus sitios. Después de unos momentos, el monótono sonido de una voz, comenzó a nombrar a cada alumno.

—Fellon, Julieta... ¿Faltó nuevamente?

Juli reaccionó cuando Caro le dio un codazo, su voz brotó fuerte y asustada, la habían sacado de sus pensamientos. Contestó con torpeza, un poco ajena. Jamás lograría concentrarse si no ponía un poco de esfuerzo.

—Me gusta mucho cómo te quedó el pelo, Ju' —aprobó Carolina con un gesto positivo.

—Gracias, Caro... Tenía que cambiar algo en mí sí o sí, para sentir que avanzo...

—Es un buen primer paso —le guiñó un ojo con una sonrisa.

Mientras estaban haciendo algunas actividades, se acercaron al pupitre Juanito y Fernando con cualquier excusa, con tal de salirse de sus lugares, Juli arrugó la nariz. Desde el lugar que los observaba Fernando se veía imponente viniendo hacia ellas. Enseguida se tensó. Ese chico no le caía bien. Tenía —y podía comprobarlo porque no se molestaba en esconderlo— fama de mujeriego. Pero salía con Caro, y Caro, era su mejor amiga.

—¡Estás repartible, Fellon! ¿Saldrías conmigo? —exclamó alegre el muchacho.

—¡Ay, Fernando! La vas a asustar a Julieta. No seas tarado.

—¿Qué? Si está hermosa. Hay que decírselo.

—Gracias —murmuró Julieta, y las mejillas se le arrebolaron un poco.

—¡Yegua, potra! —gritó Juanito con exageración, y se ganó un rechiste de la profesora, que levantó la mirada del escritorio enojada.

—¡Chicos, basta! —dijo Caro, aún sabiendo que lo hacían para levantarle el ánimo a Julieta.

Dentro del aula de 4° A, los dos chicos siempre habían sido los líderes del curso. Nunca estudiaban y se llevaban todas las materias a diciembre y marzo. A pesar de eso, eran dentro del colegio los más lindos y los más populares. Llegaban siempre sobre la hora, o tarde. Y muchas veces eran los encargados de hacer divertir al resto de sus compañeros con bromas que pecaban de ingenuas o de pesadas.

Cada mañana, Fernando Flores tenía por costumbre «estacionar» su caballo donde daba la ventana del aula, y a veces las clases transcurrían entre los relinchos de Centella, molestando a su profesora de Literatura que era una obsesiva del silencio. Tenían un sentido del humor propio de los adolescentes: molestar a los adultos hasta sacarlos de quicio.

A Julieta, siempre le parecieron dos chicos haraganes y que carecían de ganas de hacer algo productivo con sus vidas, pero no podía juzgarlos tampoco, menos en ese momento, ella estaba haciendo cosas parecidas, se había metido en la reserva sin pagar, se la pasaba deambulando por Carillanca y faltaba al colegio, y aunque le pasaban los deberes, no ponía demasiada atención en ellos. Después de un momento, recordó algo, saltando en su asiento.

—Hoy hace el mes de Sergio —dijo, y con rapidez buscó la fecha en el almanaque para confirmarlo.

Carolina se sobresaltó a su lado. Creyó que a su amiga iba a darle otro ataque de llanto, pero solo suspiró con nostalgia, tal vez aguantándose.

—Supongo que hoy harán una misa en su memoria, ¿no? —interrogó.

—Eh..., este..., no sé, Ju'. Seguramente que sí —tartamudeó. Caro era tan amiga de los actos religiosos como Hitler de las festividades judías. Las detestaba con todo su ser, sobre todo, porque iba obligada a un colegio religioso. El solo saber que harían uno ese día ya le había causado repulsión.

A media mañana, suspendieron las clases de toda la institución para hacer una misa extraordinaria por el recuerdo de Sergio Robles. Esos momentos en que el silencio se hace dueño de la presencia de los chicos y de los maestros, alteraron un poco los nervios de Julieta, que sin poder evitarlo, se acercó un pañuelito a los ojos, con discreción. La hermana de su novio estaba allí también, en representación. Luego salieron todos al patio y se hizo un homenaje con una placa y un retoño que plantaron entre dos o tres alumnos.

Cuando el homenaje hubo finalizado, tenían permiso para retirarse del colegio. Como en los actos escolares. Cuarto año volvió a su aula de clases mucho más descontracturados y hablando en voz alta a buscar sus pertenencias, pero se encontraron con que estas no estaban allí.

—¿¡Dónde están mis cosas!?! —gritó Faustina, una de las mejores alumnas de La Inmaculada—. Yo tengo libros que me dan con la beca. ¿Se las robaron?

—Cálmate, nena —le contestó uno de sus compañeros, riéndose. Sabía, como todos, que habría sido alguna travesura de Fernando, Juanito y Carolina. Solían hacer ese tipo de cosas.

—¡Quiero mis cosas! —chilló Faustina.

—¿No querés que te calme yo? —se acercó Fernando con su actitud seductora—. Con unos mimitos te saco todos los nervios.

—¡Salí de acá, tarado! Ni se te ocurra o te golpeo con una silla —lo amenazó su compañera, histérica. La ponía nerviosa con su cercanía.

—¡Ah, que sos loca! Ya las vamos a encontrar —sosegó Fer y se puso a revisar los bancos.

Julieta revisó el aula con la mirada, pero no había nada a la vista. La situación era dramática y graciosa, aunque estaba acongojada por el homenaje de su novio, se dedicó a revisar detrás de los armarios con los demás, hasta que llegó el preceptor rezongando. La profesora lo había llamado y tuvo que dejar su café a medio enfriar con el edulcorante abierto.

—A ver... —dijo, con fastidio—. ¿Qué pasó? ¿Cómo que faltan las mochilas de todos? —preguntó con sospecha, porque ya se imaginaba que era alguna broma pesada de los dos vagos del colegio—. No es gracioso, y ya saben que les voy a poner amonestaciones a todos si las cosas no aparecen. Y como es la hora de irse hasta que no aparezcan sus pertenencias, no se va nadie —amenazó.

Fue ese momento en que se miraron los unos a los otros, y en especial a Juanito y Fernando, que eran los de las ocurrencias. Mientras pasaban los minutos, el ambiente se tornó cada vez más tenso. Mientras la mayoría de los cursos comenzaban a retirarse, ellos daban vueltas como leones enjaulados, con hambre y molestos porque el bromista no se hacía presente aún. Era como si nadie hubiera sido. Conrado, el preceptor, daba golpecitos histéricos con el pie sobre el piso, mientras miraba a cada uno de los estudiantes en busca de alguna expresión dudosa. Pero los minutos pasaban y nadie confesaba.

—Voy a llamar a sus padres, esto es el colmo. Y agárrense porque ahora les mando a la Superiora —se exasperó el hombre. Todos gritaron y silbaron para que no lo hiciera. Con un dramático y amanerado modo de moverse empujó la puerta de aula y desapareció en los corredores con rapidez.

La campana, a las doce en punto, comenzó a tañer con insistencia, a pesar de que muchos cursos ya habían salido. Los chicos se molestaron con Fernando y Juanito. Ellos mantenían sus manos en los bolsillos del pantalón y actitud inocente.

—Ya está, chicos, dejen de joder, ¿dónde pusieron las cosas? ¡Nos queremos ir! —se quejaron algunos.

Julieta, callada en su lugar, desvió la mirada al exterior, donde Centella pastaba tranquilamente atado a una rama del árbol. Se detuvo un segundo en el caballo y levantó los ojos donde las ramas peladas estaban vestidas con algo, pero no eran hojas porque estaban en pleno otoño. Una sonrisa se dibujó en sus labios, y al final una carcajada divertida le hizo saltar las lágrimas de los ojos. El resto de sus compañeros, que estaban discutiendo sobre quién habría sido el presunto instigador enmudecieron al prestar atención a ese sonido hilarante y casi histérico con el que Julieta se estaba riendo.

—¿De qué te reís, Juli? —le preguntó extrañada Carolina, y siguió con su mirada el lugar que señalaba su amiga, incapaz de hablar.

Se acercó a la ventana y miró hacia lo alto. Todos sus bolsos y mochilas colgaban de las ramas flacas como adornitos de Navidad. Cuando Caro empezó a reírse con gracia, el resto de sus compañeros se agolpó en las ventanas y se sumaron al concierto de risas. Retumbaron en el aula y en todo colegio para cuando la Madre Superiora llegó corriendo junto a Conrado.

El responsable había sido Fernando, como siempre. Lo castigaron con varias amonestaciones y sus compañeros no lo mataron como tenían previsto aunque ganas no les faltaran, lo perdonaron por la gracia que causó. Se había escapado de la misa en algún momento y se dedicó a bajar las ramas y colgar de los tirantes las pertenencias de los demás, de modo que cuando las soltara, quedaran en la parte más alta de la copa. Se fueron del colegio cuando ya no quedaba nadie y Fer tuvo que treparse a descolgar los bolsos y mochilas de todos.

Julieta hizo el regreso a su casa con dos sensaciones que hacía mucho tiempo había perdido. Estaba muerta de hambre y muerta de risa. No paró de recordar la gracia que le causó ver aquello cuando en realidad se sentía apagada y triste. La risa salió como un remedio y un brote de forzada alegría, a presión desde el interior del pecho.

Pero sirvió, se reía, y podría recuperar su alegría. Después que fuera a la iglesia de Carillanca, a la que ella consideraba «la verdadera misa por el alma de Sergio».

La esperaba una tarde complicada.





CAPÍTULO 13



A medida que las horas pasaron, el estómago de Julieta se contrajo con nervios y la angustia se apoderó de ella. Pensó en pedir a sus padres que la acompañaran, solo que no se animó. Y Carolina, cuando la llamó por teléfono, se excusó de mil maneras diferentes, entre ellas, que no le entendía nada al párroco porque era italiano y combinaba un poco de palabras en su idioma con el castellano, y porque lo que menos quería, era dos misas en un mismo día. Juli no la presionó aunque le hubiera gustado más asistir con ella que sola. También era una lástima que Camila, su hermana, no estuviera en Carillanca en esa fecha.

Buscó su abrigo más grueso y salió a la fría tarde de otoño mientras el sol se escondía detrás de la cordillera y el cielo cambiaba de colores para vestir de noche, aunque en realidad no fuera tan tarde. Después de caminar varias cuadras apurada, buscando entrar en calor, llegó a la pequeña y destartalada iglesia del pueblo, que a pesar de eso estaba pintada y arreglada lo mejor posible. Lo más probable era que solamente se encontrara con las viejitas del pueblo —aquellas que todavía llevaban mantillas negras como a principios de siglo XX—, y unos rosarios de madera con cuentas del tamaño de canicas, orando en voz baja, antes de que comenzara la misa.

Frente a la iglesia, la plazoleta —que no pudo ni mirar—, le trajo todos los recuerdos del mundo en un segundo. Los bancos de piedra, fríos; arbustos perennes que le daban algo de color al otoño, cargados de pequeñas frutitas rojas; y los angelitos de piedra llenos de moho y humedad dispersos en varios puntos del césped seco, miraban impasibles hacia el cielo, con ojos que no tenían iris ni pupilas, sino un escalofriante espacio vacío. Eran centenarios, estaban allí desde que el

pueblo había sido fundado. Y a pesar de ser un poco mórbido y atemporal, era el sitio en donde siempre se encontraba con su novio, y le gustaba mucho. En aquel lugar había pasado la tarde el día que Sergio le dio su primer beso. La garganta se le hizo un nudo cuando recordó aquello. La campana de la torre comenzó a sonar, y Julieta apresuró sus pasos conteniendo las lágrimas.

Por dentro, las paredes de color rosado suave un poco descascaradas y los bancos de madera tallados artesanalmente, le daban un aspecto más acogedor que la capilla del colegio, tan lúgubre y gris. Los vitrales aquí, en cambio, eran de colores vivos, y las estatuas de los santos vestían de colores alegres. Julieta era muy religiosa, por lo que cada vez que enfrentaba sus ojos con los de la virgen María solía encontrar cierta paz. Ahora la necesitaba con desesperación. Se acercó detrás de algunas señoras que susurraban de rodillas y la observó, con tristeza. La virgen la miró a ella con la misma expresión. Con ojos entre pasivos y melancólicos, como si estuviera entendiendo a la perfección el dolor de la joven.

A continuación, se persignó con agua que había en una pila y se acomodó a un costado a esperar que se terminara de rezar el rosario y también que llegara más gente. Pero los días de semana era poco concurrida la parroquia. Julieta sabía cómo continuaba, entraría el sacerdote con dos monaguillos detrás, y la señora Custodia, tan antigua como la misma Carillanca, comenzaría a hablar con su voz disonante y chillona y los labios fruncidos contra el micrófono, encomendaría almas para el recuerdo de sus familiares y seres queridos. Sin que se diera cuenta, ya había empezado a hacerlo:

—Gustavo Juárez, en su quinto aniversario de fallecimiento; Soledad Bianchi, en recuerdo de su primer año de fallecimiento, Celestial Piacenzi, a doce años de su fallecimiento, que Dios tenga a todos en su santa gloria, y por la salud de Jesica Peralta; esta misa es para orar por estas almas.

«Cómo, ¿y Sergio?», se preguntó Julieta, sorprendida, ante la indiferencia de algo tan importante. Giró la cabeza en busca de la familia de su novio pero allí no había nadie, excepto unas pocas personas. Ni siquiera su madre.

No podía creerlo.

Su propia familia estaba faltándole el respeto a su memoria, hacía tan solo un mes que había muerto, ¿no se suponía que debían estar todos presentes? Estaba indignada y descompuesta de rabia, pero no podía manifestarlo allí adentro. Su estómago comenzó a retorcerse con brusquedad. Decidió darles el beneficio de la duda, mientras especulaba que quizá era tan insoportable su pérdida como para haber venido a escuchar su nombre subir a los cielos con plegarias. Tan solo se quedaría unos minutos más y regresaría a su hogar, estaba temblando de forma compulsiva.

Cuando decidió que era tiempo de volver a su casa, enojada con el mundo y triste en su interior, notó que había alguien que no le quitaba la vista de encima desde hacía un buen tiempo, clavando sus ojos grises en ella.

Ariel.

Extrañada y fascinada, se detuvo unos segundos y lo contempló en la lejanía, como si fuese una especie mitológica salido de un libro de relatos. Había salido de la Reserva. Era casi lo mismo. Vestía un traje con corbata oscuro, que resaltaba bastante su piel y su cabello, como un ángel negro. Por un minuto, olvidó dónde estaba y qué estaba haciendo, porque todo lo que inundó sus pensamientos fue qué hacía él en la iglesia.

Tan pronto Julieta fijó sus ojos en Ariel, este desvió la mirada a un costado, de forma antipática. La adolescente se interesó por las personas que estaban a su lado: una señora bastante mayor que podría ser su abuela, tan regordeta y con cara amable que parecía un dibujito animado; y a la izquierda, un hombre alto y buen mozo, con el cabello abundante y canoso, pero joven aún. Su parecido con Ariel era innegable, dedujo que sería su padre, y al igual que el muchacho, vestía también con un elegante traje. Lo que los diferenciaba a ambos, era la intensidad de la mirada, y aunque Julieta estaba lejos de ellos, de igual manera pudo percibir una gran tristeza en la mirada del hombre, y la frialdad indiferente en la de Ariel.

Esperó que la saludara, pero no pasó nada parecido, él no se volvió hacia ella.

Cansada, no se detuvo a esperar que lo hiciera, se persignó y regresó lo más rápido que pudo a su casa en la oscuridad de la tarde.

El aire helaba demasiado y le cortó el rostro como cuchillos, la fuerza del viento no la dejó avanzar con la velocidad que hubiera querido y tembló con frío, con impotencia y rabia. Su pecho vibró al recordar aquel ángel sombrío, inerte a sus ojos como los de la plazoleta, distante y altivo. También le recordó a su piel los dolores de la realidad en los que estaba expuesta, en medio de una sensación de vértigo que la hacían pender tanto de la vida en el misterioso Ariel como de la muerte con su inolvidable Sergio.



CAPÍTULO 14

Los viernes eran los días más esperados por todos los adolescentes de Carillanca, porque se dirigían en masa rumbo al centro del pueblo desde todos los colegios secundarios que había para terminar con estilo la semana escolar.

Se agrupaban como si fuesen una gran manada en la plaza del centro, e incluso solían ocupar la calle, que provocaba la ira de la gente más vieja con sus autos. Quienes tenían equipo de sonido en algún coche, ponían música a todo lo que daba mientras hacían sociales tirados en el césped o almorzando panchos que un kiosquero previsor se había ocupado de vender aprovechando la convocatoria.

Esas citas duraban la tarde entera. Algunas veces, por quejas de vecinos, las autoridades trataron de ponerle fin a esas juntadas, donde aseguraban que se fumaba marihuana y se vendía droga entre otras cosas nocivas. Pero al final solo acudían cuando se generaba algún disturbio entre ellos, y muchas veces tenían que ver con amores más que otra cosa.

Allí, también los alumnos de La Inmaculada asistían más religiosamente que a las misas. Tanto Carolina con los chicos, como Julieta y Sergio, cuando vivía, se iban un rato a pasar el viernes con la gente «más copada» del pueblo. Desde que él murió, Julieta evitó cada vez que podía esos encuentros.

—¡Daleee...! —le dijo Caro, por milésima vez, tironeándola del brazo para convencerla.

—No —se negó Julieta—. Mi mamá me pidió ayuda para que vaya a ordenar en casa, porque ella y papi no pueden hoy.

—¡Ufa! —se quejó su amiga con falso enojo, cruzando sus brazos.

—¡Vos te lo perdés, Fellon! —se acercó Fernando, y abrazó a su «amiga» por la cintura.

—Ni vos te creés las excusas que ponés, Ju'.

Julieta se encogió de hombros con desinterés y melancolía. No quería ir, o al menos, eso es lo que demostraba. Caro le insistió un poco más, pero notaba que era en vano.

—Otro viernes me prendo, pero hoy no, en serio —se disculpó.

Lo cierto es que no fue a su casa esa tarde después del colegio, sino que se escapó hacia la Reserva. Era el lugar al que tenía todas las intenciones de ir. Bordeó el alambrado, buscando la supuesta amenaza del guarda-parque, pero no encontró carteles o avisos de peligro, sino que se veía oxidado y abandonado. Pensó con fastidio que quizá intentó asustarla, y no lo consiguió, puesto que iba a meterse de nuevo sin que ese hombre se enterara. Una vez que estuvo dentro de los límites de la reserva, trató de decidir hacia dónde quería caminar. Como el día estaba completamente soleado, la luz se filtraba entre algunos árboles, y todo el mar de hojas secas que caían cual lluvia dorada tapizaban la tierra como una alfombra. Se preguntó si era realmente el bosque el que le atraía o si había sido para ver a ese chico. Desde que lo descubrió, fue como encontrar un pequeño detalle dentro de una gran pintura.

Y, además, era un secreto propio. Los secretos que uno guarda para sí mismo conllevan cierta emoción y ansiedad. Ni siquiera Carolina debería saberlo, se dijo. ¿Por qué? Ella sabía la razón, y conocía a su amiga.

Pero Ariel no le gustaba. Solo deseó algo para ella misma, porque, desde que Sergio murió, todo el mundo estaba al tanto de ella como si fuera una pequeña, controlando sus movimientos a cada paso que daba y, la verdad, era bastante hostigador.

Cuando se adentró un poco más en la espesura, el aire se volvió más helado, y un sonido parecido al zumbido de una abeja se instaló en su oído, se estremeció entera y no tardó en darse cuenta de que estaba bajándosele la presión. Se apretó contra un tronco dejando caer su mochila, y luego se deslizó mareada hasta el suelo. Por un momento, una horrible sensación que era desconocida se apoderó de ella.

Era como dejar de respirar, solo podía entrar un fino hilo de aire a sus pulmones, que estaban apretados dentro del tórax. Alrededor de Julieta, todo se tornó nublado, los árboles parecían manchas amorfas que giraban a su alrededor vertiginosamente. La sensación fue más allá de la que le era conocida. No se parecía a la que tuvo en el colegio.

«Me estoy muriendo», creyó con espanto.

Su transpiración se mezcló con la mugre del suelo, y el peso de su cuerpo cayó con violencia. Incapaz de coordinar sus propios movimientos, como si el cerebro no reconociera lo que su mente gritaba, Julieta se preparó aterrorizada para morir. Sus párpados se cayeron con pesadez, lentamente.

En la distancia, un incesante piar de pájaros, poco a poco parecían estar más cercanos. Al principio todo se veía negro, pero también paulatinamente pasó al gris y al rojo anaranjado. Era como si desde la oscuridad se abriera una ventana y se contemplara el mundo a través de ella. Esa persiana eran los párpados de Julieta. Los había abierto, y se encontró en un lugar que casi no recordaba. Su corazón comenzó a regularizarse, pero todavía latía fuerte y acelerado. Exhaló agotada el aire que le quedaba y tomó una profunda bocanada para renovarlo, mirando al cielo que se manchaba con las copas de los árboles. ¿Qué había sido todo aquello? Nunca le había ocurrido nada parecido, y, sin embargo, estaba segura de que estaba por morir.

Mientras su cuerpo se recuperaba, se enderezó para sentarse contra el respaldo que el árbol le brindaba como un amigo. Había quedado tan debilitada que se preguntó cómo podría llegar hasta su casa, sin fuerzas. Tuvo miedo de que la agarrase la noche allí y se alentó a sí misma. No iba a pasarle nada. ¿Habrían abierto la reserva para los turistas? Se preguntó. Alguien tenía que verla. Todo se veía envuelto en una paz otoñal que parecía ajena a lo que le sucedió.

Se quedó unos momentos pensativa, hasta que se le ocurrió revisar su mochila y con alegría encontró una barrita de cereal. La comió en dos bocados. Sabía que necesitaba un almuerzo potente, eso no le alcanzaba. Había perdido las ganas de quedarse, a pesar de que la tarde la invitaba con sonidos naturales y luz parpadeante entre las ramas de los árboles. Todo lo que quería además de comida, era una siesta.

—¿Qué hacés acá? —preguntó una voz de mala manera.

Julietta levantó la vista atajando un rayo de sol que le vino directamente a los ojos. Desde abajo, se veía imponente, el cabello de él destellaba un brillo límpido, y sus ojos, desde su perspectiva, se volvieron azules, no grises. Traía consigo el estuche en el que llevaba su flauta travesa.

—Na... Nada —contestó Julieta, ofendida. Intentó ponerse de pie, pero cayó sentada, las piernas le flaqueaban aún.

Ariel hizo un gesto pero no dijo nada.

—Estoy bien, creo que voy a descansar un rato más. No te quedes mirándome con esa cara. Andá a otro sitio. Cuando me sienta mejor, me voy.

El joven no le hizo caso porque en un momento se arrodilló frente a ella y la estudió profundamente con la mirada. Sus ojos grises la intimidaron más que la horrible experiencia que había vivido. Trató de esconder los suyos entre su pelo, sintiendo cómo se estaba ruborizando. Su corazón estaba por delatarla, se aceleró otra vez, impertinente y desesperado. Al final, también tuvo que ceder a su escrutinio y lo observó, casi sin respirar. Eran

tan duros y fríos que tuvo un poco de miedo, y tan profundos que le atravesaron el alma, como si fuera capaz de leerle los sentimientos.

Luego se sentó a su lado, sin decir nada. Pero le había provocado un sismo de emociones físicas. Nadie, ni siquiera sus compañeros de colegio la habían mirado de esa forma, y la habían acompañado con su silencio. Lo observó sacar con sumo cuidado la flauta y una pequeña franela con la que la limpió. Era detallista y meticuloso al hacerlo. Y sostuvo un suspiro de satisfacción en cuanto él la apoyó sobre sus labios y la música, calma y solitaria, cubrió el aire con sus notas. Juli cerró los ojos y dejó que la melodía la transportara. Era otra forma de irse del mundo, más hermosa. Mientras, Ariel cobraba una seriedad absoluta concentrado en lo que hacía, lejos de todo lo demás.

—¿Dónde aprendés? —le preguntó Julieta cuando terminó.

—En el conservatorio de música.

—¿Hace mucho?

—Lo suficiente.

—A mí me hubiera gustado saber tocar un instrumento... —suspiró.

Se acomodó la falda del uniforme con melancolía, cuando un recuerdo asaltó su mente y apretó la tela con sus dedos, antes de que emergiera el dolor de la pérdida.

—Sergio sabía tocar la guitarra de oído. Era lo más —comentó, al recordarlo—. A lo último, se le había dado por tocar para la iglesia. Las monjas estaban chochas con él —sonrió después.

—¿Quién es Sergio?

—Era mi novio.

—¿Te peleaste?

Julieta sonrió con los ojos cerrados, pero apretó sus dientes y todos los órganos de su cuerpo. Era una pregunta obvia. Aunque Ariel la había formulado sin intención, con un tono de voz curioso y frívolo. Antes de contestarle, se permitió un segundo de retrospectiva para que su mente, involuntariamente, le trajera todos los recuerdos a sus pensamientos.

—No, él, falleció —respondió, tras un silencio.

Sin pensarlo, empezó a narrar muchas cosas de todo lo que había vivido desde aquel desgraciado día y cómo es que la situación la había acercado a la Reserva. Habló hasta que sintió que escupió veneno y se lo llevaba el viento. Ariel, intempestivo, escuchaba sin ver, como si no le importara, distante. Pero a quien no le importó fue a Julieta, ella tenía que sacar todo lo que se presionaba en su pecho cada mañana cuando abría los ojos. Se desahogó con alguien completamente desconocido. Y, al final, soltó un par de gruesas lágrimas. Estaba vacía, lo había dicho. Ahora se sentía un poquito mejor.

Después ambos se sumieron en un profundo silencio, inmersos en sus propios pensamientos.

—¿Vos creés en el wenumapu? —indagó el muchacho.

—¿En el qué? ¿Qué es eso?

—En el cielo —aclaró.

—¿En el cielo católico? ¿Ese?

—Sí, ese.

—Como soy católica, sí creo. Hay dos lugares al que van a parar los muertos, un lugar bueno y un lugar malo. Vos también sos católico, ¿no? Ayer te vi, estabas en la iglesia.

—Soy ateo.

—¿Ateo? —se extrañó, con curiosidad—. ¿No creés en nada?

—No.

—Pero, ¿por qué estabas ayer en la iglesia? ¡Yo te vi!

—Te dije que yo no creo —repitió de mala manera poniéndose de pie—. Adiós.

Anonadada por su comportamiento, Julieta lo contempló hasta que dejó de verlo. Tenía un comportamiento extraño y ofuscado, pero a veces amable. Quería conocerlo mejor, y descubrir qué se escondía tras esa actitud soberbia. Como tenía la suficiente fuerza para pararse, se marchó hasta la calle empolvada que la llevaba al pueblo.

«Pero hoy me dijiste adiós», pensó con una sonrisa disimulada.

